



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SAL
764
1.31

WIDENER



HN LHDI N

SAL 764.1.31

**HARVARD COLLEGE
LIBRARY**



**FROM THE FUND OF
CHARLES MINOT**

CLASS OF 1828

SAL 764.1.31

*1/60
Cover*
HISTORIAS

DE

ULTRA-TUMBA.

(COLECCION DE CUENTOS)

POR

MANUEL CORCHADO.



MADRID.

Imprenta de D. J. M. Alcántara, Fuencarral, 81.

1873.

THE

OTTER-TOUR

THE

THE

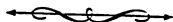
THE

THE

HISTORIAS
DE
ULTRA-TUMBA.

HISTORIAS
DE
ULTRA-TUMBA.

POR
MANUEL CORCHADO.



MADRID.
Imprenta de D. J. M. Alcántara, Fuencarral, 81.
1872.

SAL 764.1.31



Minot fund

PRÓLOGO-DEDICATORIA.

¿A quién mejor que á tí, querida esposa, puedo dedicar este libro? Fruto de mis creencias, parte, por consiguiente, de mi propia vida, á tí debe dirigirse, ya que de las esposas debe ser la existencia toda de los buenos esposos. Acéptalo, pues, amor mio, como una prueba del inmenso cariño que te profeso, y en testimonio de los sentimientos que hácia tí me animan.

Aquí concluiría esta dedicatoria, si no estimase oportuno decirte algo sobre mis *Historias de ultratumba*.

¿Qué concepto debes formar de este libro? ¿Es una coleccion de fantásticas cavilaciones, ó hay, por el contrario, alguna verdad en su fondo? Creo que lo primero es ménos que lo segundo, sin que trate de afirmar que esto sea lo exclusivo. Mis *historias* encierran muchas verdades en medio de algunas fantásticas creaciones; son un conjunto de verdades y mentiras,—si en ello te empeñas,—ni más, ni ménos

que todo lo que, con el nombre de *cuento*, se saca á la luz pública. Contienen empero, una verdad fundamental, que debes tener siempre muy presente; cual es, la de que, muerto el cuerpo, vive el espíritu, y responde de su mundana vida, ante el Juez Supremo. El espíritu existe y no muere nunca: hé aquí el resúmen de mi libro; verdad que, por lo mismo que anda hoy tan controvertida, debemos repetir á cada instante, á fin de que en todas las inteligencias se grabe. Ella encierra el secreto de la humana dicha, y vale la pena de que la consignemos sin darnos punto de reposo. Acaso esta verdad hoy olvidada, de muchos al ménos, está llamada á regenerar el mundo, cuando se haya posesionado de todas las inteligencias. El alma, amor mio, ha de ser lo primero en el individuo, y en la actualidad es casi casi lo último. Por eso anda la discordia trastornándolo todo, y la ambicion sin freno, y sin valladar el orgullo, y sin barrera el egoismo. Vivimos para el cuerpo, y el cuerpo no se detiene ante nada. El objeto de sus deseos es lo único que le atrae, y tras él camina sin descanso hasta conseguirlo, curándose poco ó nada de los medios. Busquemos, pues, un freno al cuerpo, y procuremos detenerlo en su asoladora marcha. ¿Y sabes cuál pueda y deba ser ese freno? No otro que el espíritu, que, dándonos conciencia de que somos responsables de nuestros actos, nos hará más precavidos. Este es mi objeto y mi anhelo al publicar el presente libro, que Dios proteja.

Ya sé que le tacharán de oscurantista y de todo aquello con que hoy se ridiculiza lo que no sea la materia y el loco divagar de las pasiones. El autor

de estas *historias* sabe lo que valen esos arranques de declamacion, y no los toma en cuenta, y sabe además, que es demasiado amigo del verdadero progreso, para que le cuadren esas acriminaciones. Créese que ántes que todo es la moralidad, y tranquila el alma y alta la frente, entrega su libro al público, despidiéndose de él hasta mejor ocasion. Quizá hable entónces de cosas que en estas *historias* no se mencionan, y se comprenderá que, aunque religioso, aprecia en lo que valen otras instituciones.

De tí, amor mio, me despido suplicándote que medites este libro, y que procures hacer extensivas á otros las verdades que encierra. Tu esposo que de veras te quiere.

MANUEL.

HISTORIA DE UN ÁNGEL.

I.

Lo que voy á contarte te parecerá imposible, amor mio; pero si lo meditas con alguna detencion, verás que sólo la forma ocasiona esa especie de misterio que rodea á muchas narraciones, por otra parte, muy verosímiles.

María—así se llamaba la madre de una preciosa niña de ojos de cielo y labios de claveles—soñó una noche que los ángeles, bajando en tropel de la celeste altura, se apoderaban de la hija de sus entrañas, y remontando despues el vuelo, se la llevaban hácia el trono del Eterno. Despertóse angustiosa y sobresaltada, extendió los brazos hácia el lado donde dormía la niña, y ¡cuál no seria su dolor al encontrar, en vez de cuerpo animado de su Eugenia, que así se llamaba la hija de su alma, un cadáver más frio que el hielo! No es para descrita semejante escena, y la dejó á tu consideracion.

Lloró la buena María; desesperóse y hasta maldijo de su suerte, apesar de que era muy buena cristiana y dada á la práctica de las máximas religiosas, que prescriben la conformidad y la paciencia en las desgracias de la vida. ¿Pero qué madre no se desespera algun tanto al perder á sus hijos? El amor de madre es, como todos los otros en

este mundo, un poquillo egoista y no se aviene muy fácilmente á que Dios, Padre de todo lo criado, le quite el objeto que por mera condescendencia y en calidad de depósito, le señala en la tierra. Este es un pecado de las madres; pero Dios se daría por muy satisfecho, si las actuales no cometiesen otros que el indicado. Volviendo á nuestro cuento ó *historia*, que lo mismo dá para el caso, has de saber, que pasando dias y andando los tiempos, María se consoló más de lo que esperaba y quizá más pronto de lo que ella misma imaginaba. No te figures sin embargo, que dejase de querer entrañablemente á su difunta Eugenia. Nada ménos que eso, pues, aunque consolada, no pasaba dia ni hora que no la recordase, y le tributara un pensamiento de verdadero amor materno. Hacia más aún; todas las noches, al acostarse, le pedia fervorosamente á la *Madre de los afligidos* que intercediese para que le fuera concedida la gracia especial de ver á su adorada hija, al *amor de mis amores*, como la llamaba en sus oraciones. ¿Qué te parece de la pretension de la bondadosa María? ; Ver á su hija despues de muerta! Eso sí que es pensar en lo imposible, dirás tú ciertamente al leer estas líneas. En verdad no era poco lo que solicitaba la buena madre; pero como su fé era mucha y no era ménos su esperanza, rezaba cada noche, y cada noche pedia lo mismo, y lo pedia con tanta insistencia, que hubiese conseguido conmover con sus súplicas á las peñas.

II.

Un año justo contaba de muerta la bella y cándida Eugenia. Las diez de la noche acaban de dar en la iglesia del pueblo, y María, cerrando la puerta de su humilde casita,

espejo un tiempo de contento y satisfaccion, se dispuso á buscar en el sueño descanso á sus cotidianos trabajos. Arrodillóse como de costumbre; esforzó el acento; redobló el fervor, y con toda su alma dijo éstas, ó parecidas frases:

«Virgen Santísima, consuelo de los afligidos, esperanza de los que sufren y lloran, intercede para que yo pueda ver al amor de mis amores, á mi querida Eugenia.»

No bien hubo acabado de proferir estas palabras, oyó como una música celeste, un canto más armonioso que el dulce trinar de los más canoros ruiseñores; notó que súbitamente se iluminaba la habitacion, y que un delicioso perfume se expandía por toda la estancia.

Tuvo miedo en el primer momento; casi llegó á arrepentirse de haber solicitado ver á su Eugenia; pero reflexionando luego, se dijo á sí misma:

—¿Qué puede sucederme? Los niños son ángeles, segun dicen, y los ángeles no causan mal á nadie. Ven Eugenia, ven, yo deseo verte y cubrirte de besos y hablar contigo.

Así dijo la buena madre, y al levantar los ojos del suelo, donde los habia fijado, vió en el espacio y en mitad del aposento, á su Eugenia adorada, radiante de hermosura, coronada de blancos jazmines, y agitando unas alas de mil variados y preciosísimos colores. Sí, era Eugenia, pero mucho más bella, mucho más encantadora que la Eugenia que habia perdido en igual noche del año anterior. Brillaban sus ojos como carbunclos, sus labios eran purpurinos claveles, sus mejillas candorosas azucenas y amapolas, su nariz delicada escultura digna del cincel de Fidias, y sus cabellos ondulantes hebras de finísimo y aquilatado oro.

—Hija mia, dulce consuelo de mis desdichas, ¿eres tú quien vienes á verme, ó eres una creacion fantástica? Habla: ¿quién eres, aparicion bellísima y consoladora?

—Tu hija, el amor de tus amores, la Eugenia á quien

tanto amas y que tanto has deseado ver. ¿No lo crées? Pues bien; oye mi historia, y comprenderás que, aunque muerta, puedo venir á verte y hablarte, como si realmente viviese. Oye, madre mia, oye la *Historia de un ángel*, y no dudes de su veracidad; porque es Dios quien me la inspira, y Dios es la verdad suprema.

III.

—Muerto mi cuerpo, mi espíritu, que es como el tuyo y el de todos los seres, inmortal, remontóse á la celeste altura, donde una multitud de espíritus puros salieron á mi encuentro. Contemplélos extasiada, seducida por su belleza y admirada del placer que los animaba. Mucho se necesita imaginar para concebir tanta belleza y tanto contento, y fuerza es que sepas que la más creadora imaginacion humana—hablo vuestro lenguaje—no podrá nunca formarse una idea exacta de la belleza y del placer de los espíritus, que gozan las delicias del celeste reino. Yo, segun te he dicho, me admiré y sorprendí en el primer momento; pero observándome despues á mí misma, me encontré tan hermosa y satisfecha como mis nuevos amigos.

—Espíritu de Eugenia, me dijo uno de ellos, has de cumplir una mision santa y debes prepararte á hacerlo, ántes de ocuparte en el premio que te está reservado. Tu madre sufre, y obligacion de los hijos es consolar á los padres. Házlo, pues, y luego obtendrás tu merecido galardón.

—Y ¿qué debo practicar para consolarla? preguntéle.

—Infundirle valor y resignacion. Para ello, quíerelo con decidida voluntad y fé ardiente; lograrás tu deseo.

Hícelo así por espacio de algunos dias, y tú, mejor que nadie, dirás si conseguí ó nó mi objeto. Creo que sí, y me

parece que hoy estás más tranquila que hace un año. ¿No es cierto, madre mia?

—Sí, amor mio, repuso la cariñosa madre. Estoy mucho más tranquila; estoy ¿por qué no decirlo? muy contenta; porque te veo y te oigo. Prosigue, luz de mis ojos, tu relato me interesa, y deseo que llegues al fin, para poder explicarme tu presencia en este sitio.

—Logrado mi objeto, una voz secreta, un movimiento que en el habla humana no tiene nombre, me hizo comprender que era llegado el instante de recibir el premio, que me tenía señalado el Eterno. Pero ¿qué es el Eterno? ¿Cómo explicarlo?

Ni siquiera por medio de una comparación lo conseguiría. Imagina el más exacto conjunto de todas las perfecciones; figúrate lo más bello bajo todos los aspectos, y algo podrás aproximarte á la idea de Dios. Su magnificencia no es, como acaso creas, parecida á la mundana; y si la tienes, debes alejar de tí esa creencia. La magnificencia divina reside en sí mismo, no en los objetos exteriores. ¿No has visto nunca asomar el sol por detrás de los montes? Su luz lo ilumina y vivifica todo, sin que nada de lo que él alumbra y vivifica le preste parte alguna que su esplendor aumente. Pues así sucede comparativamente con Dios; él lo inunda todo de magnificencia, sin que objetos exteriores contribuyan á aumentar el esplendor divino. Su amor hácia las criaturas es el signo externo de su magnificencia: el amor de sus criaturas hácia él, lo único de la tierra que le halaga y satisface. Lo demás son vanidades que mira con indiferencia. Pero volvamos al relato, y no nos detengamos en cosas, que ni tú ni yo podemos comprender.

IV.

Sentíme como atraída por el amoroso seno del Eterno, me pareció que se me infundía una parte de beatitud; y en el fondo de mi conciencia oí una voz que me dijo así:

—Hija de mis propias entrañas; oveja un día descarriada, pero ya casi pura como la voluntad de mis arcángeles, tuyo es el reino de los cielos. Háslo ganado con tus buenas obras, y justo es que lo goces, si no en su plenitud, que para eso aún te falta algo, en su mayor parte.

Así habló, y mi alma quedó estática ante su espíritu de grandeza y de sublime benevolencia. ¡Ah! ¿qué son las dichas terrenales, comparadas con semejante contemplación? ¿Qué la mundana gloria, parangonada con la mía? ¿Qué el mundo todo, comparado con el espectáculo de que disfruto?

Nada, sí, nada; porque es incomparablemente inferior á todo lo que me rodea; y sin embargo, es necesario, y no hay que maldecirlo, madre mía, ni desear abandonarlo. Dios te librará de sus miserias, cuando lo crea conveniente, y entónces contemplarás acaso lo que yo hoy contemplo.

Después de la descrita escena, mi espíritu se sintió más libre que nunca, y más atento y propenso al bien que en todos los días de su vida.—Oí como una voz que me llamaba de nuevo, y supe, sin saber cómo ni por dónde, que tú deseabas verme y hablarme. ¿Qué podía impedirme satisfacer tu deseo? Nada. Yo soy libre, y correspondiendo á esa súplica, hago un bien, me dije, y te me aparecí. ¿Cómo he podido hacerme visible? Eso te lo explicaré algún día; hoy no me comprenderías. Sabe, sin embargo, que Dios es Juez Supremo, para quien nada hay imposible, y ante quien todo cede y se humilla. ¿Qué dificultad ha de encontrar,

por tanto, en hacer que se aparezca uno de sus ángeles? Ninguna.

Aquí terminó el relato de Eugenia, que desapareció repentinamente, agitando sus preciosas alas en direccion á la celeste altura. María llena de admiracion y de contento al mismo tiempo, no cesa nunca de rogar porque vuelva á hablar con ella su adorada hija. Algunos la tienen por loca, que así suelen hacerlo los hombres, cuando no comprenden una cosa. Ello es lo cierto que la buena madre, llena de fé en Dios y de esperanza en sus divinas promesas, si no anhelar abandonar el mundo, que eso fuera una oposicion á suprema voluntad, no vé como ántes en la muerte el término de la vida visible. Crée que Dios todo poderoso puede permitir, y permite en no pocas ocasiones la manifestacion real de los muertos para la tierra. ¿Será una ilusion suya? No debo decirlo; pero vosotras

«Madres que teneis hijos
En el sepulcro,
Y el corazon cubierto
De eterno luto,»

no dejeis de rogar por ellos, y acaso algun dia tendreis la fortuna de verlos á vuestro lado.

HISTORIA DE UN CONDENADO.

I.

Ayer te referí, amor mio, las delicias que el celeste Padre reserva á los que, huyendo del pecado, consagran toda su vida en este mundo á la práctica desinteresada del bien. Hoy me propongo contarte los tormentos que hallan, después de la muerte del cuerpo; los que, huyendo del bien, consagran su vida toda al pecado. Mi historia anterior era agradable y risueña; la presente habrá de ser triste y desconsoladora. De entrambas resultará sin embargo, esta verdad que debiera estar grabada en todas las inteligencias: el bien es el único camino de nuestra salvacion, y su práctica la única dicha verdadera; porque sólo ella es perpétua y completa. ¡Quiera el cielo que mis *Historias de ultratumba* contribuyan á fortalecer en todos los ánimos semejante creencia!

En un pueblecito, cuya única notabilidad es la de no tener ninguna, vivia, no ha mucho tiempo, un pobre jornalero, padre de varios niños. Todos ellos se afanaban en ayudar al bueno de Miguel, que así se llamaba el jornalero de mi cuento, y todos con sus buenas acciones y mejores sentimientos procuraban aliviarle las muchísimas penas inherentes á la miseria. El amor, como reflejo de Dios que es,

origina siempre dulces consuelos, y el amor de sus hijos consolaba no poco á Miguel en sus desgracias.

Quiso la mala suerte de los niños que su padre cayese en la tentación de casar por segunda vez, lo que realizó, apesar de las súplicas del mayorcito de ellos que contaba trece años, y de los buenos consejos de sus amigos y conocidos, que en vano trataron de disuadirle.

Era la nueva esposa de Miguel una de esas mujeres como hay por desgracia muchas en el mundo, ménos cuidadosa de su alma que de su cuerpo. Los requiebros de los mozos del lugar habíánla convencido de su belleza, y sólo en conservarla y en realzarla con los adornos exteriores pensaba la infeliz Teresa. Aunque pobre de dinero y falta de educacion, no dejaba de alimentar las más excesiva vanidad, que no mira condiciones ni estados esa víbora de las almas. Para Teresa nadie habia más hermosa que ella, ni ninguna familia de las del pueblo podia compararse con la suya.

Extraño parecerá que, con semejante carácter se resolviese á dar oídos á un viudo pobre, cargado de hijos y lo que es más, de no muy buen genio, segun malas lenguas aseguraban. La explicacion de este fenómeno se encuentra en otro de los muchos defectos de Teresa; en su desmedida ambicion. Pero Miguel era pobre, dirás tú, y tienes razon más que sobrada, amor mio, y aún así te repito que el matrimonio que nos ocupa, fué llevado á cabo por la ambicion de Teresa. Oye la explicacion de esta contradiccion aparente.

¿No has oido hablar nunca de Californias? ¿Sí,? pues en Californias tenia Miguel un hermano soltero, enemigo acérrimo del matrimonio, y que habia escrito más de una vez á aquél, *que, aunque lejos de él, no le tenia olvidado, y que tiempo habia de venir, en que su fortuna, nada escasa, sería toda suya.* Vaya una explicacion más lucida, replicarás tú ahora; y ¿por qué no le aliviaba de vez en cuando, enviándole

algunas cantidades? Pues es muy sencillo, amor mio; porque Miguel, aunque pobre, tenia la dignidad suficiente para no pedir á nadie, gozando, como hasta entónces habia gozado, de perfecta salud. ¿Estás ya satisfecha? ¿Sí? Pues sigamos, y no me interrumpas; porque de lo contrario, no acabaria nunca mi cuento.

Casóse, pues, Teresa por ambicion, y así no es de extrañar que, al cabo de muy poco tiempo, fuese la casa un infierno, como suele decirse. Donde falta el amor todo vá de mal en peor, y en nada se hace tan patente esta verdad como en el matrimonio. Con amor llevan los cónyuges sus defectos respectivos y las penalidades de la vida, si con amor y por amor se unieron. Es este sentimiento la ley que quiere Dios que en todo y en todas parte rija, y faltar á ellas es contrariar la suprema voluntad, é incurrir por tanto en pecado, que no á otra cosa puede conducir que al desórden y sufrimiento. Asi sucedió á Teresa, y por desgracia tambien al bueno de Miguel, pues difícil, si no imposible, es que un elemento de desórden en el hogar doméstico no origine el malestar de todos los que constituyen la familia.

II.

Miguel queria entrañablemente á sus hijos, y no es de extrañar que mirase con sobrado disgusto el mal tratamiento y el peor carácter que para con ellos empleaba Teresa. Por condescendencia reñia de vez en cuando á los muchachos el pobre Miguel, que nunca dejó de conocer que hacia mal en reñirlos sin motivo; pero juzgaba que era prudente hacerlo, y con todo el dolor de su alma lo ejecutaba. Tú creerás que con esto quedaba satisfecha Teresa; así debia haber sucedido; pero contra todo lo natural, no

sucedía así. No eran reconvenciones lo que deseaba para los chicos, sino malos tratamientos, y á tanto no se resolvía Miguel, aunque á veces se mostraba algo más débil de lo necesario.

Sucedió un día que, viniendo de trabajar, los muchos traían naturalmente apetito, y como no hallasen dispuesta la mesa, el más pequeño dijo con la sencillez de la inocencia:

—Caramba, ántes encontrábamos la mesa puesta, al llegar del trabajo. Y eso que entónces era la vecina Rita quien se cuidaba de guisarnos. Ahora que madre siempre está en casa, y que no hace otra cosa que la cocina, no hallamos muchos veces..... No pudo concluir el inocente niño; porque su madre, como la había llamado, le cortó la palabra, dándole un solemne tapaboca.

—¡Toma, pedazo de alcornoque! Otra vez no tendrás la desvergüenza de censurar mi conducta. No eres tú el culpable, sino los zánganos de tus hermanos que te enseñan lo que debes decir. ¡Ya se vé! no tienen un padre que les castigue, como debe, cuando faltan á su madre, y ellos, es claro, crián alas, y hacen y dicen lo que se les antoja. Pero conmigo no se jugarán de hoy en adelante; porque me tomaré la justicia por mí misma.

Miguel, que estaba presente, no pudo sufrir más, y con energía, aunque con voz sosegada, contestó á su esposa:

—Teresa, esto vá mal. Tú no quieres á los chicos, les tienes aversion y sin motivo muchas veces, los riñes. Creo que has obrado de ligeras, castigando como lo has hecho, á esa inocente criatura, que en todo pensaba ménos en ofenderte. Los niños dicen lo primero que se les ocurre, y es preciso tener en cuenta, para juzgar de sus actos, su falta de reflexion.

—Sí, discúlpalos, y mañana serán ellos los que pondrán en mi las manos. Tú, ¿qué has de decir? Son tus hijos y lo consientes. Yo no soy más que tu mujer, y claro es que no

merezco tantas consideraciones. Te casaste conmigo para que te gobernase la casa, y una criada no puede decir lo que piensa, ni hacer lo que es justo que haga, cuando se la insulta.

—No es eso, mujer. Es que los niños no te tienen mala voluntad, y tú se la tienes á ellos; es que debes moderar tu genio, cuando ménos, para que no digan de tí lo que de muchas madrastras, *que el diablo las arrastra*.

—Así lo hiciera ahora conmigo, y acabaría de sufrir en este mundo; pero como que no existe tal diablo, ni cosa que se le parezca, no tendré esa fortuna.

—No maldigas, Teresa; que Dios está en todas partes y lo oye todo.

—¡Qué Dios, ni qué diablo! ¿Te figuras tú que, si hubiese Dios, andaría el mundo como anda? Otro gallo le cantara á muchos maridos que, como tú, desprecian á sus mujeres por unos chiquillos malcriados como esos. Dios es un sueño como otros que se cuentan.

—Teresa, estás blasfemando, y temo que algun día te arrepentirás de lo que hoy dices.

—Pues mira: si así sucede, cuando me muera, si me voy al hoyo primero que tú, te lo vendré á decir para darte gusto.

—¿Gusto á mí? Si yo deseo, por el contrario, que despues de muerta te vayas derechita al cielo. Pero ya que me lo prometes, te tomo la palabra, y tanto si gozas, como si padeces, te suplico que vengas á contarme tus dichas ó sufrimientos. Ya sabes que no tengo miedo á nadie, y ménos á los muertos que, si salen, no será para hacer mal alguno.

—No faltaré á mi promesa. Así te arrepentirás acaso de lo que mal crias á tus hijos.

Acabó aquí el diálogo, cenaron como siempre, sin que reinase aquella alegría con que los buenos comen *el pan nuestro de cada día*, y fué cada cual á su cama.

III.

No ocurrió aquella noche nada notable y de la misma manera pasaron días y meses. Teresa con su mal genio continuaba haciendo sufrir á los chicos y á Miguel que, aunque callaba muchas veces por prudencia, lloraba interiormente, y hasta se desesperaba en no pocas ocasiones, apesar de su buen carácter.

—Dios quiere probarnos, hijos míos, solia decir á los suyos, y es preciso que todo lo llevemos con resignacion en este mundo. Las penas que en él sufrimos, serán alegrías en el otro. Paciencia, pues, y no nos dejemos vencer por la desesperacion, que no hay mal que dure cien años, como dice el adagio.

Sucedió que, al cabo de algunos años de casados Miguel y Teresa, ésta enfermó de alguna gravedad, segun desde un principio dijo el médico del pueblo. Contra lo que generalmente acontecia, la acertó el Galeno, y aunque fueron muchos los remedios y muchas las visitas, Teresa cerró el ojo, en medio de los más agudos dolores, y lo que era más aún, completamente desesperada, maldiciendo de su suerte y sin arrepentirse de sus pecados; que, por más que lucharon Miguel y las vecinas, no quiso de ningún modo recitar ni siquiera una oracion.

—¡Qué oraciones! exclamaba, cuando de tales cosas le hablaban. Búsquenme buenos médicos que me arranquen este perro rabioso que me destroza el estómago, y esta calentura que me abrasa, y déjense de impertinencias. Ustedes están por lo que llaman el alma, y yo por el cuerpo que es algo más positivo. Vida quiero para gozar, y no rezos que me han fastidiado siempre. Cada uno tiene sus

ideas, y las dichas son las mias, y al que no le guste, que lo deje, y se acabó.

—Esa mujer se condena sin remedio, decian las vecinas, al salir de la casa de Miguel, que no podia ménos de sufrir con lo que estaba pasando.

—Pero, Miguel, preguntóle una, ¿Vd. no se resuelve á hacer venir al señor Cura?

—Y ¿qué sacaré con molestarlo?

—Toma, forzar á esa mujer á que se confiese y arrepienta. Usted está obligado á procurar por la salvacion del alma de su esposa. Así lo dicen todos los buenos cristianos, y dejaria Vd. de serlo, si no lo hiciese.

—Pues mire Vd., señora Ursula, ya que ha de pasar tan cerca de la Iglesia, éntrese por la rectoría, y dígle al señor Cura, que Miguel le suplica que se deje ver por su casa. Ya sabe él que no soy de los peores del pueblo, y que si mi mujer lleva la vida que lleva, no es por falta de consejos.

—¡Ay! ¡gracias al cielo que ese hombre se ha resuelto á cumplir su obligacion! se dijo para su sayo la señora Ursula, y echó á andar.

Cumplió su encargo, y el Cura no se hizo esperar en casa de Miguel. Llegó en uno de aquellos momentos más terribles para Teresa. El perro rabioso, como llamaba ella al cáncer que le devoraba el estómago, hincaba el diente con más rabia que nunca, y la fiebre habia tocado á su período álgido. Sufria horriblemente la paciente, y, dado su carácter, estaba hecha una verdadera furia. ¡Qué de blasfemias salian de aquellos labios! En situacion semejante, entró el Cura, venerable anciano encanecido en la más acendrada virtud, lleno de fé ardiente en Dios, y abrasado siempre en la llama purísima de la caridad. Era un modelo de buenos sacerdotes; el sacerdote evangélico.

Sentóse á la cabecera de Teresa, y, tomando entre las suyas, una de las manos de aquélla, le dijo con la voz dulce y afable que le caracterizaba:

—¿Sabes, hija, que estás bastante mala?

—¡Vaya una cosa más nueva! Eso lo sé desde que me metí en cama. Aquí han estado ocultándomelo; pero demasiado lo he comprendido. ¡Los tontos creen que le temo á la muerte! Si ellos la temieran tanto como yo, no andarían con esos paños calientes.

—Dispénsalos, Teresa, en gracia de su buen deseo. Te quieren.....

—¡Mucho, señor Cura! Si Vd. no quiere más á Dios que lo que ellos me quieren á mí; arreglado está el Señor de arriba.

—Hija, todo lo ves con demasiada pasión, y la pasión no es buena consejera. Aquí nadie te tiene mala voluntad, y tú debes perdonarles á todos las ofensas que hayan podido hacerte, y arrepentirte de las que á Miguel y á sus hijos y á todo el pueblo hayas tú inferido. Y lo harás seguramente; porque eres buena cristiana y Dios ordena el perdón y el arrepentimiento.

—Pues, señor Cura, se da Vd. clavo. Las ofensas que me han hecho, no las perdonaré nunca, y como que á nadie he ofendido, no tengo que arrepentirme de nada.

—Teresa, el mayor de los santos varones tuvo también que arrepentirse de algo. Se arrepintió de no haber tenido siempre el valor suficiente en sus penalidades. Y tú, pobre y desgraciada mortal, ¿de nada tienes que acusarte? ¿Nada te pesa sobre la conciencia?

—Nada, ni siquiera la voz de Vd., que será todo lo que quieran; pero que ahora me está molestando los oídos.

—Hija, Dios me manda á tu lado, y yo obedezco. Mi voz no debe pesar sobre tu conciencia; pero debe aconsejarte y te aconseja. Piensa, Teresa; escudriña tu memoria; acaso encuentres algo, que á tu salvación se oponga. Un solo pecado puede hacernos desgraciados, si de él no nos arrepentimos con tiempo y no nos rehabilitamos después. Piensa y dímelo todo, hija mia. Yo puedo, rogando por ti,

contribuir á tu felicidad eterna; habla, y mis oraciones serán para tí como para todos los que en el pueblo me llamen. Dios sabe que así lo hago á cada momento por los que han muerto. Pero debo saber tus culpas, Teresa; porque, segun ellas sean, serán mis súplicas. ¿No quieres decírmelas, hija mia?

—¡Nó! Las tales confesiones son un anzuelo de pescar tontos, y yo no quiero que ni Vd., ni nadie, se entere de mis cosas. ¡Buena soy yo para esos enredos y chismes! Si algo malo hubiese hecho, con arrepentirme tendria bastante.

—Cierto que sí, hija mia; por eso he empezado diciéndote que te arrepintieses, y por eso te lo suplico ahora en nombre de Dios todopoderoso. ¡Arrepiéntete, Teresa, que acaso mañana será tarde!

—Señor Cura, ¿me quiere Vd. dejar en paz? Demasiado tengo con mis males, y le ruego que no me los aumente usted con sus sermones. Hágame Vd. el favor de irse, y, si quiere, vuelva mañana, y continuará la predicacion.

—Mañana será tarde acaso, hija mia. No dejes para mañana lo que podais hacer hoy, dijo Jesucristo. El tiempo no es del hombre, y debe aprovechar siempre el presente, sin acordarse nunca del porvenir, incierto como todo lo futuro. No esperes á mañana, Teresa, que para la salvacion del alma no madrugamos nunca, ni nunca lo hacemos con precipitacion.

—Señor Cura, si no se va Vd. del cuarto, me levanto de la cama, y le dejo á Vd. solo.

—¡Piedad, Señor, piedad de esa oveja descarriada! ¡Iluminadla, Dios mio! murmuró el buen sacerdote, levantándose de la silla que ocupaba y dirigiéndose á la puerta. Detúvose sin embargo, echó una mirada sobre las paredes, y viendo en una de ellas la imagen del Redentor de los hombres, encaminóse á la misma, descolgóla y tomándola entre ambas manos, exclamó dirigiéndose á Teresa:

—¡Teresa, Dios por mis labios te lo pide y suplica; perdona y arrepíentete! Y poniendo el Cristo en su lugar, salió del aposento, derramando copioso llanto.

—¿Se ha confesado, padre, preguntóle la señora Ursula, que en la salita estaba con Miguel y sus hijos.

—Señora Ursula, eso sólo Dios y yo debemos saberlo; y tomando el sombrero, partió despues de haberse despedido cariñosamente de todos los concurrentes.

Aquella misma noche murió para la tierra la infeliz Teresa. Su agonía fué terrible, y como de costumbre, no cesaron aquellos labios de blasfemar y maldecir.

IV.

Muerta Teresa, quedó la casa de Miguel mucho más sosegada, sin que fuese éste motivo suficiente á que ninguno de los moradores de la misma demostrase satisfaccion por la muerte de aquélla. Al contrario de lo que en tales casos sucede, Miguel y sus hijos lloraron á Teresa, el primero como si hubiese perdido en ella á una excelente esposa, y los segundos como si en ella hubiesen perdido á una madre excelente.

—Tontos, les decian algunos de sus amigos, ¿por qué llorais de ese modo? Acordaos de sus malos tratamientos y de su genio de fiera. ¡Vaya una cosa que habeis perdido! ¡Buena pieza era la tal madrastra! Vamos, alegraos, y fuera tristezas.

—Pero en medio de todo, solian contestar los muchachos, nos hacia las veces de madre y era la esposa de nuestro padre. A pesar de su mal genio, tenia sus buenos ratos, y bastantes favores le debemos.

—Pues, chicos, llorad cuanto querais. No faltará quien os llame tontos.

Miguel, por su parte, contestaba lo mismo á los que con frases semejantes querian consolarle; de modo, que el pueblo todo estaba admirado de la bondad de Miguel y de sus hijos, que muchos calificaban de hipocresía y algunos de imbecilidad. Y todo, ¿por qué? Porque Miguel y sus hijos cumplian su deber, perdonando las ofensas que habian recibido de Teresa, y correspondiendo á los disgustos que en vida les ocasionaba, con alabanzas y buenas palabras respecto de ella. Dios se los tomará en cuenta algun dia y dará razon á los tontos, como solian llamarles. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu y misericordiosos, porque de ellos será el reino de los cielos!

Volviendo á Teresa, que no porque haya muerto deja de ser la heroína de nuestro cuento, debo decirte, amor mio, que cumplió fielmente su promesa.

—Si primero que tú me voy al hoyo, te vendré á decir cómo me tratan por aquellos barrios, habíale dicho á Miguel, y éste le repuso, como ya sabes, aceptando la oferta. Sepamos, pues, qué sucedió en los otros barrios, segun decia Teresa, despues de muerta ésta.

Pocos dias habian trascurrido de su muerte. Una noche, despues que todos dormian en la casa, oyó Miguel un ruido casi imperceptible al principio; pero que, aumentando poco á poco, llegó á convertirse en verdadero alboroto. Cru gian los muebles todos, rodando de uno á otro lado, toda la casa estaba en movimiento, y hasta la misma cama, en que dormia Miguel, se agitaba, como si álguien la sacudiese.

—Si será esto un terremoto, pensó el pobre viudo. ¡Pero qué! no puede ser. Los muchachos duermen á pierna suelta, y si realmente temblase la casa, se hubieran ya despertado. Nada, aquí pasa algo extraño que yo no me sé explicar. ¿Qué será, Dios mio?

Levantémonos y observemos.

Levantóse, en efecto, registró toda la casa, hallólo to-

do en su lugar, y no encontró á nadie, ni nada pudo explicarle aquel ruido y movimiento. Volvióse á la cama, mató la luz, y apenas lo habia hecho, empezaron las sacudidas de toda la casa y el alboroto de los muebles.

—Pues, señor, reflexionó Miguel, estamos aviados. Mañana se lo contaré al señor Cura, y él me dará algun consejo.

No pudo dormir en toda la noche; levantóse muy temprano, fuese á encontrar al Cura, y refirióle punto por punto lo que le pasaba.

—¿Tienes algun pariente en pena, Miguel? le preguntó el buen sacerdote.

—Difícil es la respuesta, señor Cura, y la contesto con otra pregunta. ¿Cómo se sabe que tengamos parientes en pena?

—Sabiendo la conducta que tuvieron en vida.

—Pues si eso es cierto—perdóneme Dios, si la ofendo—me parece que Teresa, mi última mujer, debe estar penando.

—Tal vez, Miguel; tal vez no te engañes; y acaso sea ella quien mete ese ruido en tu cuarto, para pedirte algo.

—Y ¿cómo sabré lo que quiere?

—Preguntádoselo.

—Señor Cura, ¿está Vd. en su juicio? Los muertos no salen y ménos áun hablan.

—¿Qué sabemos nosotros, Miguel? Tampoco sabemos lo que Dios puede.

—En fin, Vd. tendrá sus motivos para pensar así. Yo, por mi parte, haré lo que Vd. me indique, para ver si sabemos lo que desea Teresa. Y ahora que pienso. Ella me prometió un dia venirme á contar su suerte, si moria antes que yo.

—Y tú, ¿qué le contestaste?

—Que le tomaba la palabra.

—Pues, Miguel, tu esposa quiere cumplir la promesa.

—Y ¿cómo lo haremos para que pueda hablar conmigo?

—¿Tendrás valor para hacerlo?

—Yo, señor Cura, no le tengo miedo á nadie, porque á nadie le hago, ni le he hecho mal.

—Pues entónces, cuando vuelvas á oír ruido, pregunta como si álguien hubiese de contestarte: ¿quién anda ahí?

—Y ¿si me responden?

—Sigue la conversacion, y veremos lo que resultará.

Salió Miguel de casa del Cura, despues de haberle dado un millon de gracias; y sin decir á nadie lo que le pasaba, ni siquiera á sus hijos, se entregó al trabajo, esperando la noche para seguir los consejos del párroco, aunque sin muchas esperanzas de obtener buen resultado.

V.

Llegada la noche, y acostados todos, empezó el ruido en el cuarto de Miguel. Este no se anduvo en chiquitas; é incorporándose en la cama, preguntó con voz entera y sin miedo alguno.

—¿Quién anda ahí?

—Teresa, Miguel, contestóle una voz hueca y dolorida.

—Si se estarán burlando de mí? pensó el viudo. ¿Si álguien se habrá escondido en el cuarto, para hacerme creer que es Teresa?

—No, Miguel, no se burlan, ni te engañan.

La respuesta á su pensamiento disipó las dudas del pobre jornalero, y siguiendo los consejos del Cura, se dispuso á entablar la conversacion.

—Si eres Teresa, dime, ¿qué quieres?

—Cumplir mi promesa de contarte mi suerte.

—Pues, empieza, que ya te escucho.

—Oye, Miguel, *La historia de un condenado.*

—¿Condenada tú? Luego ¿existe el infierno?

—Y eso ¿qué te importa? Sabe, que existen penas para despues de la vida, si en el mundo no se obra bien, y recompensas, si se practica la virtud.

—Pero tus creencias sobre el otro mundo, ¿qué se han hecho, Teresa?

—Eran falsas. Dios existe, y Dios lo vé y lo oye todo.

—¿Y el demonio existe tambien?

—Miguel, ¿qué sacarás con saberlo? Te lo repito: sabe —y eso basta— que Dios premia y castiga, segun sea buena ó mala la conducta seguida en la tierra.

—Pues ya que no quieres contestarme, empieza tu historia.

—Mi historia, ¡qué triste es Miguel! Oyéla, y procura aliviar mis penas con tus oraciones.

Todo no muere, ni acaba todo en la tierra. El alma es inmortal y responsable ante Dios de sus actos. ¡Ojalá lo hubiese yo creído así en esa vida! No quise, sin embargo, creerlo, y falta de ese freno, mi conciencia no atendió más que al cuerpo, que sólo en la pasión y en los goces materiales se deleita. Muerta para el mundo visible, mi espíritu se encontró envuelto en la más profunda oscuridad. El caos de mis malas acciones me rodeaba por todas partes; ni siquiera un rayo de luz me iluminaba. Sentía frío, hambre, sed y todo lo que puede hacer angustiosa la existencia. A lo lejos, sin embargo; pero muy lejos, Miguel, muy lejos, distinguía algo á través de las espesas nubes de mis pecados. Un mundo nuevo para mí; un mundo de venturas y delicias, una especie de jardín encantado, donde nada faltaba ni sobraba, un paraíso, por decirlo todo en una palabra. Aquel lejano espectáculo era mi consuelo y mi martirio al mismo tiempo.

—¡Ah! si yo pudiese llegar á aquella altura, me dije un día, ¡qué feliz seria entonces y cuán distinta mi suerte!

—Pues puedes lograrlo, Teresa, me contestó una voz dulcísima y alegre.

—¿Cómo, voz deliciosa á mis oídos, más que los mundanales halagos de los jóvenes de mi pueblo?

—Procurando limpiarte de las pasadas culpas.

—¿Y cómo lo haré?

—Queriéndolo con fé y amor, con desinterés y esperanza en la eterna benevolencia del Juez Supremo, que no niega nunca los medios de rehabilitacion.

—Pues bien, yo lo quiero con toda mi voluntad, sin ambicion ni interés alguno; yo lo quiero, Señor Omnipotente, con la sana y única intencion que tú desees!

Y así pensando en mi salvacion, he pasado algun tiempo, y hoy he venido á tí, Miguel, para que me ayudes en la empezada obra. Tú puedes hacer mucho, mucho tambien tus hijos, y muchísimo el señor Cura, el ángel de este pueblo. ¡Así le hubiese creído la tarde anterior á mi muerte! Soberbia y orgullosa, desprecié sus palabras, y hoy me arrepiento de mi desobediencia á sus consejos. Dios es justo, sin embargo, y en él confío; pero conspirad vosotros tambien á mi salvacion, orad por mí; que la oracion es la moneda de la salud eterna; orad y rogad por Teresa, que hoy arrepentida viene á pedir os perdon de las ofensas que os infirió durante la vida. Si así lo haceis, Dios os lo premiará algun dia.

—Te lo prometo, Teresa, y lo mismo harán el señor Cura y mis hijos, interrumpiéndola Miguel. Pero me prometiste decirme tu suerte, despues de muerta, y aun no lo has hecho. Me has pedido; pero no me has contado. ¿Por qué no cumples tu promesa?

—Porque ni tú, ni el mundo comprenderian las penas que sufro. Y además, ¿qué os importan ellas? Sabed que existen, que son dolorosas, y tendreis bastante. Por otra parte, si yo refiriese mis sufrimientos, ¿seria menor el número de los que pecan? Nó, Miguel; los hombres, cuando tú les refirieses mis penas, te llamarian visionario. Está loco, dirian muchos; es un imbécil, que no piensa más

que en el otro mundo, añadirían algunos, y acaso, acaso Miguel, no faltaría quien te creyese digno de una cárcel por trastornador de corazones é inteligencias. Sí, Miguel, el mundo no te comprendería. Ya llegará la época de que sepan las penas de esta vida de los espíritus. Entónces habrá bastante feracidad para que fructique la divina semilla, y fructificará. Por ahora, sabe, que no todo acaba en la tierra, que el espíritu es inmortal, y que Dios, Supremo Juez, lo puede y lo juzga todo. Es cuanto debo decirte hoy. Orad por mí, vuelvo á repetirte, y Dios os lo premiará.

Concluyó Teresa; Miguel púsose de rodillas en tierra, y, clavando los ojos en el crucifijo que ya conocemos, exclamó con la voz de los buenos creyentes:

—¡Piedad, Señor, piedad de ese espíritu que sufre! Mi alma, henchida de caridad y fé, te lo suplica! ¡Padre nuestro, que estás en los Cielos, sé misericordioso una vez más, y tu nombre será eternamente bendecido en la casa de este tu humilde hijo! .

—Gracias, Miguel, dijo una voz ménos dolorida que la que anteriormente escuchara el pobre jornalero; y volviendo á quedar todo en silencio, durmió Miguel tranquilamente el resto de la noche.

VI.

Miguel no faltó á su promesa. Al otro día, fuese á encontrar al Cura, y le refirió todo lo que, durante la noche, le habia ocurrido. Ninguna otra persona se enteró de semejantes acontecimientos.

—No hables de eso á nadie, Miguel; te llamarían loco, unos, y otros creerían que tu casa es un asilo de demonios.

—Está muy bien, padre: ¿Pero mis hijos no han de saber algo?

—Díles que rueguen mucho y con fervor por Teresa. Eso basta, para que, si quieren hacerlo, lo hagan. Si no tuvieran voluntad, lo mismo rogarían, sabiendo la causa de tu recomendación, que ignorándola. En casos de esta naturaleza, se ha de ir con mucho cuidado. ¡Hay actualmente tan poca fé en el mundo y abunda tanto la presunción! Hoy, fuera de lo que materialmente se toca, no existen nada para muchos. Y sin embargo, así parece que conviene, Miguel.

—La falta de fé no puede convenir nunca, señor Cura.

—¿Quién sabe, Miguel! Oye: ¿no te ha sucedido nunca ir por un camino solitario?

—Muchísimas veces.

—Al principio, ¿no te gustaba aquella soledad; aquel poder obrar á tu antojo, sin tener que molestarte por nadie ni por nada?

—Justamente me ha pasado eso mismo.

—Y despues, ¿qué has sentido?

—Cansancio.

—¿Y más tarde?

—Ganas de hablar con álguien.

—Pues aplica el cuento, Miguel. El mundo vá actualmente por un camino solitario. Ya empieza á cansarse de la soledad; mañana tendrá deseos de hablar con álguien; y así como Dios te ha demostrado más de una vez que la soledad no es el estado natural del hombre, asimismo demostrará, quizá muy pronto, al universo entero, que la soledad del espíritu, en materia de creencias, no es un estado conveniente ni natural.

—¡Es Vd. un pozo de ciencia, padre!

—Yo soy un pobre diablo que pienso y creo con verdadera fé, que Dios puede, si lo quiere, iluminarme. Ese es mi secreto. Si tú y todos hiciéseis lo mismo, muchos pozos de verdadera ciencia hallaríamos en el desierto de esta vida. Pero dejémonos de filosofías y retóricas, y volvamos á Teresa. ¿Qué quieres hacer por ella?

—Alguna funcioneita de Iglesia por el reposo de su alma. ¿Quéle parece á Vd?

—No me parece mal. ¿Cuánto piensas gastar en la funcion?

—Lo que Vd. me diga que vale la mejor que en este puebló pueda hacerse.

—Pues supongamos que sean cuatro duros; una misa cantada, con todos los blandones que quepan en el altar mayor; ¿no es eso?

—Eso mismo pensaba.

—Se me ocurre un proyecto; tú dirás si te conviene. Los cuatro duros que quieres gastar serán para mí. Yo los necesito y no los necesito: ya lo sabes perfectamente. No soy rico; pero á Dios gracias, tengo qué comer y cama donde dormir. Pues bien; de los cuatro duros de la misa que piensas mandar decir, me entregas uno á mí, y los tres restantes los destinás á hacer caridad en nombre de Teresa, ¿qué te parece?

—Que, si Vd. se conforma, yo no tengo inconveniente.

—Pues mañana á las nueve la misa, y en acabando, las limosnas. Yo me encargo de avisar á los pobres. ¡Qué alegren vamos á darles! Un realito para cada uno, y aún sobrará; porque afortunadamente en el pueblo no hay muchos; y, créelo Miguel, verán en tí una especie de San Vicente de Paul de los grandes, como aquel bendito varon lo era especialmente de los niños. Adios, Miguel, me voy á decir mi misa, y despues á avisar á los pobres del pueblo. Y, frotándose de satisfaccion las manos, desapareció el venerable anciano, más contento que estudiante en vacaciones.

Miguel se quedó con tamaña boca, y se dijo para sus adentros:

—Pues señor, debe ser cosa muy buena la caridad, cuando el señor Cura la pone al igual de las misas, para aliviar las almas que penan. Cada cual dice cosas nuevas.

¡Ah! si los hombres supiéramos seguir los consejos que indirectamente, y á veces, sin saberlo ni quererlo, se nos dan, ¡cuántas buenas cosas haríamos! Así pensaba Miguel, caminando hácia su casa, á la cual llegó al mismo tiempo que entraba el cartero del pueblo.

—Vaya, señor Miguel, que ha dado Vd. un cuarto al cartero en todo este año.

—¿Carta para mí?

—Sí, señor; y de muy léjos.

—¿De dónde?

—No lo sé; porque tiene tanto sello y tanto timbre, que sólo Dios y el señor administrador entenderian el sobrescrito. Aquí la tiene Vd.; y que sea portadora de buenas noticias.

—Así suceda, y metiéndose la mano en el bolsillo, sacó el cuarto: tomó la carta, rompió el sobrescrito, y empezó á leer lo que sigue:

«Muy señor mio: Su hermano de Vd.—E. P. D.—nombróme al espirar, heredero de confianza de su inmensa fortuna, para que á mi regreso á España, la entregase á usted. No sé si es ó no agradable la noticia que le comunico. Como quiera que sea, debo hacerlo y lo hago. Actualmente estoy realizando, y creo que dentro de un año, podré empezar á girar á favor de Vd. Si en el ínterin necesita usted algo, gire Vd. contra mí, sobre los señores Sandoval y compañía, del Comercio de Bilbao.»

Aprovecho la ocasion para ofrecirme de Vd. seguro servidor Q. S. M. B.

IGNACIO GORROITA.

Una lágrima de dolor corrió por las mejillas de Miguel.

—¡Pobre hermano! exclamó. Despues de tantas fatigas, ni siquiera el gusto de regresar á su pátria! Pero Dios lo ha querido, y nosotros no hemos de censurar sus actos.

Algunos dias despues, todo el pueblo estaba enterado

de este acontecimiento. Miguel continuó siendo el mismo de siempre. Sus hijos se dedicaron á estudiar y hoy siguen con aprovechamiento sus carreras. El Cura, gracias á la cooperacion de Miguel, anda en proyectos de levantar un hospital para el pueblo; la señora Ursula sigue tan curiosa como de costumbre, y los pobres del lugar que, áun recuerdan el realito de marras y otros que suelen caer de vez en cuando, dicen que el señor Cura y Miguel son dos santos, que Dios les ha enviado.

—Y ¿qué es de Teresa? preguntarás tú, amor mio.

—Eso no te lo puedo decir yo. Supongo sin embargo, que habrá mejorado notablemente, por aquello de que Dios se rinde con facilidad á las súplicas, y muchas se le dirigen por el descanso de Teresa.

UN AVARO EN EL OTRO MUNDO.

I.

—¡Jesús! ¡que título más terrorífico! Siempre me hablas de apariciones, y de la otra vida, y del diablo, y..... ¿qué sé yo de qué cosas más? ¿No sabes cuentos más festivos?

—Quizá sí, luz de mis ojos; pero cada fruta á su tiempo. Ahora te cuento *Historias de ultra tumba*; mañana tal vez te refiera cuentos risueños y alegres. Además es preciso que haya de todo en el mundo y, que yo sepa, á nadie aún se le habia antojado revolver los sepulcros para pedir á sus moradores relacion detallada de lo que en la otra vida pasa. Este libro tiene, por otra parte, su objeto. ¿No se teme hoy á los muertos? Sí; pues yo quiero pintarlos tal como ellos son, para que conociéndolos, nadie los tema. Dios sabe que mis propósitos son buenos; y si á tí no te satisfacen mis *historias*, paciencia, como dijo el otro; deja el libro y *laus Deo*. El que quiera continuar, que continúe; acaso aprenderá algo, si con detencion leyere. Basta de introduccion, y al cuento.

D. Agapito, hé aquí el nombre de nuestro héroe. ¿Quieres su retrato? Es muy fácil complacerte, y no seré yo quien deje de hacerlo. D. Agapito era chico de cuerpo, de ojos verdosos y saltones, boca grande y por lo general

sarcásticamente contraída, nariz mas chata que aguiña; orejas grandes, calvo de cráneo, y más calvo aún de cerebro. ¿Quieres más pormenores? Pues sabe que su Dios era el oro y tendrás un cuadro completo del personaje que nos ocupa. Por si te interesa, te añado que era viudo de Doña Leocadia Sanchez y padre de dos muchachas más lindas que dos luceros, y de un chico más listo que Cardona. Creo que con todo esto tendrás bastante. Lo demás, lo irás sabiendo poco á poco. Si todo te lo dijese en la segunda página, pronto estaria concluido el cuento.

D. Agapito era avaro, mucho más que el de Moliere, y no es poco decir. Una onza de oro era para él una onza de vida, un duro en plata, veinte dias de buena existencia, y un real, ocho minutos y medio de satisfaccion. Así contaba la vida nuestro hombre. Era rico no tanto como Crespo; pero allá se le iba, y de seguro, si no lo era tanto, debíase, no á su voluntad; pero sí, á los tiempos, que no permiten la acumulacion de riquezas que en los pasados siglos era posible.

—¡Maldita suerte mia! exclamaba D. Agapito; por más que trabajo, no salgo de pobre. Los avaros nunca tienen bastante, y D. Agapito no era muy dadivoso que digamos.

Su riqueza era, en su mayor parte, fruto de las miserias y penalidades de otros. Cuando álguien estaba apurado, D. Agapito se presentaba en su casa. Empezaba por compadecer sus desgracias, y concluía por ofrecerle dinero á interés.

—¿A cómo? preguntaba el necesitado.

—Barato: al veinte, respondia el prestamista.

—¡Qué atrocidad!

—Pues, amigo, déjelo Vd. Yo no fuerzo á nadie; pero si viene Vd. mañana, quizá los negocios no vayan tan bien como hoy, y habrá Vd. de sujetarse á otro tipo. El que realmente estaba apurado, habia de ceder, y D. Agapito redondeaba el negocio, haciéndose hipotecar la mejor fin-

ca. Si el día del vencimiento no se le pagaba, hacia uso de su derecho, entablaba la ejecución—como dicen los letrados—y sacaba su capital con intereses, y casi siempre se quedaba la finca por bajo mano.

—Y la conciencia de ese hombre? me preguntarás tú.

—¡La conciencia de D. Agapito! ¿Y la de otros muchos que andan por esos mundos? te pregunto yo á tí. La conciencia grita en semejantes casos; pero, como no hay peor sordo que el que no quiere oír, la pobrecita se echa á perder la garganta, y los bribones como D. Agapito, dicen muy satisfechos:

¡Ahí me las den todas!

Ya les llega su S. Martín, y á nuestro héroe le llegará el suyo. ¡Pues no faltaba más! Dios los castiga, amor mío, y aunque parezca lo contrario, sufren aún en la vida terrestre por males de sus pecados. Yo sé de un prestamista de esa calaña, que sueña casi todas las noches que le están ahorcando cuatro hombres con un cordón de oro. Y ¿sabes quiénes son los cuatro estranguladores? Cuatro desgraciados á quienes dejó en la calle á consecuencia de un préstamo que tuvieron que pedirle. ¡Oh! no temas luz de mis ojos y alma de mi alma, los D. Agapito tendrán su merecido. Pero eso no quita que lo compadezcamos. Jesucristo, desde la cruz, decía refiriéndose á los judíos que le crucificaban:

—¡Perdonadlos, Dios mío; perdonadlos! y Dios lo oyó y muchos, muchísimos de los crucificadores fueron iluminados, se arrepintieron y ¿quién sabe si alguno de ellos está hoy en el celeste reino? Piedad pidamos al Eterno Padre para esas almas desventuradas, que todo lo sacrifican al interés. Esto es lo que Dios manda en su ley santa; esto aconsejó el Hijo unigénito en los Evangelios, y esto quiso significar el apóstol cuando dijo: «Caridad para con todos:» —*in omnibus charitas*.—Es difícilillo hacerlo; pero, hija mía, cuando se tiene buena voluntad, hasta las peñas

pueden moverse de su sitio á nuestro mandato. Volvamos al caso.

II.

No hacia mucho tiempo que Doña Leocadia habia muerto, cuando D. Agapito pensó en casar á la mayor de sus hijas, á Luisa, pues éste era su nombre. Bellas, como te tengo dicho, eran las dos muchachas; pero Luisa legaba de mucho á Emilia su hermana. El novio que á la primera le proponia su padre, como eleccion suya, era de lo más rancio que imaginarse puede. Tenia dinero sin embargo, y para D. Agapito ya lo tenia todo.

—Un hombre rico, solia decir, es un buen marido en todas las partes del mundo. La mujer que no lo acoge benévolutamente, no merece perdon de Dios.

—¿Pero si es un calavera, papá? preguntábanle á veces las niñas.

—Un hombre acaudalado no puede ser calavera. Las riquezas hacen poner juicio á los más atolondrados.

—Y sin embargo, ricos hay muy troneras.

—Bueno, basta de argumentos, y cada cual á sus quehaceres. Así terminaba la discusion D. Agapito, cuando la fuerza de la verdad le anonadaba.

—Papá no está por los pobres, se decian la una á la otra las chicas, y medradas estamos nosotras, que no hemos puesto los ojos en gente muy abundante en oro que digamos. Gustavo y Antonio son muy buenos chicos; pero es indudable tambien que casi son muy buenos pobres. Cuando lo sepa papá, se vá á poner que ni una furia. Sobre todo conmigo, que, dentro de muy pocos dias, habré de desengañarlo en sus proyectos de mi matrimonio con el estafermo de D. Roque. ¡Pues no faltaba más, sino que me en-

tregaran á semejante carcoma! Y todo porque es rico.

Nó, Emilia, primero visto imágenes que dejar de casar me con Gustavo.

—Pues, hija, será lo primero, porque papá no apechuga con nuestros novios, aunque ellos y nosotras se lo pidamos de rodillas.

—¡Quién sabe! Peores cosas se han visto en el mundo. Más terco era el padre de Adela, y cedió al fin. Tengamos fé y confianza, y adelante.

III.

Pocos dias despues de este diálogo, D. Agapito llamó á Luisa á su despacho, hízola sentar á su lado en un sofá, y con la voz más tierna que supo y pudo, le dijo:

—Luisita, vás á cumplir veinte años, y es preciso que pensemos en tu matrimonio.

La respuesta de Luisa fué bajar los ojos y suspirar.

—¿Quieres acaso meterte á monja.

Luisa siguió dando la callada por respuesta, y D. Agapito algo amostazado.

—¿Has perdido la lengua, mujer? preguntóle.

—No, papá; pero he perdido la lengua del alma.

—¿Qué quieres decir con esas cábalas? Desde que te has metido á literata, no hay quien te entienda.

—Quiero decir, papá, que he perdido la voluntad, que no soy dueña de mi alma, que amo á otro hombre, y que, si es él el que Vd. me destina, no tengo inconveniente en casarme; pero si es cualquiera que él no sea, tendré el sentimiento de no seguir el parecer de mi señor padre.

—¿Y quién es ese galan misterioso, oculto hasta hoy y de quien ninguna noticia he tenido hasta este momento?

—Mi primo Gustavo, el hijo de su hermano de Vd., el

buen muchacho á quien tantas veces ha elogiado Vd. en mi presencia.

—Pero el *pobre* Gustavo, como siempre me has oído llamarle, dijo D. Agapito acentuando las palabras: ¿con qué cuenta para casado?

—Con dos brazos fuertes y robustos, con una inteligencia nada comun, una voluntad decidida y un corazon lleno de buenos deseos.

—Papel moneda que á lo mejor del tiempo queda sin valor alguno. Hija, en nuestro siglo estamos por lo positivo y la mujer que no suma y resta como la protagonista de la comedia de aquel nombre, se lleva un solemne chasco en el matrimonio. El sentimiento es bueno para las novelas. En la vida real, lo principal es lo que se vé y toca.

—¿Y qué se vé y se toca en el mundo, papá?

—El oro, *verbi-gratia*.

—¿Y qué saca Vd. con todo el oro que tiene?

—Vivir tranquilo.

—Nó; *envidiado* y lo que es peor aún, *envidioso*.

—Luisa, tu padre no te ha llamado para disputar, sino para decirte que, dentro de un mes, te casarás con D. Roque Pantoja.

—Papá, la ley favorece hoy á los amantes, y ántes de casarme con D. Roque, echaré mano de la ley, aunque mi alma derrame, al hacerlo, lágrimas de sangre.

—¡La ley! y ¿qué es la ley ante la voluntad de un padre, que puede hacer lo que se le antoje?

—Es la voluntad de Dios dirigida á los pueblos por conducto del legislador; es la voluntad suprema sirviendo de antemural al orgullo del hombre; es, padre mio, el sentimiento bien dirigido conteniendo á la pasion desbordada. Hé ahí lo que es la ley que protege hoy á los amantes.

—¿Y quién me puede imponer á mí la ley; á mí que tengo oro para comprar hasta al mismo legislador, si se me antojára?

—¿Quién? el legislador supremo, la voz de Dios en la tierra, la conciencia.

—¡Pues, hija, si esa es tu fuerza armada, ahí me las den todas! Te casarás con D. Roque. Hoy mismo empezaré á anunciar el matrimonio y, dentro de un mes, lá boda.

—¡Ay de las humanas voluntades, si Dios no las protege! y, sépalo Vd., la suya en este asunto, no puede ser favorecida por la Suma bondad y justicia infinita. Quiere Vd. luchar con el coloso y el coloso le aplastará á Vd. Dios sabe, que no faltó á mis deberes de hija, resistiendo á sus planes de Vd., y por eso no vacilo en entablar la lucha. Veremos si vence el amor ó el interés.

Así terminó el diálogo entre D. Agapito y su hija, retirándose ésta en la creencia de que no faltaba á sus deberes, y aquél quedóse en el despacho, gruñendo como perro que desea algo, y no puede lograrlo. ¿De parte de quién estaba la razon? Dígalo quien pueda y sepa, que yo escribo un cuento y no un tratado de moral, aunque de morales se piquen estas mis *historias*.

IV.

D. Roque supo los planes de su amigo Agapito y, como es de suponer, no se hizo de rogar. Fué presentado á la Luisita, como él la llamaba, y, aunque los desaires los tenía á dos por cada galanteo, él, erre que erre, no desistía de su empresa.

—Sr. D. Roque, díjole un día Luisa, ¿no vé Vd. que es ya muy viejo para casado y que las jóvenes son, por punto general, como todo lo de la naturaleza; es decir, que buscan sus semejantes?

—Vd. se debe curar homeopáticamente; *similia similibus*. Pues sepa Vd., Luisita, que yo me curo por la alopatía, y

estoy por el *contraria contrariis*; es decir, que me gustan todas; pero las jóvenes en especial.

—¿Con que todos? pues váyase Vd. á Turquía. Concluamos, D. Roque, yo no le quiero á Vd.; con Vd. no me caso, y asunto concluido. Espero, pues, que cese en sus requiebros, que deseo no oír más, y que no oíré nunca con paciencia.

—¿Es decir que me dá Vd. calabaza?

—Ni más ni menos.

—Pues, Luisita, como que su papá desea nuestro enlace, yo seguiré mis requiebros, y allá veremos.

—Veremos, sí, veremos quien puede más. Mañana no se queje Vd. de mis desdenes y desaires, no diga que soy una niña mal educada; porque ántes le he advertido á Vd. y si me resuelvo á poner en ejecucion mi plan, es gracias á la persistencia de Vd.

—Buenas noches, y hasta mañana, contestóle D. Roque, y, tomando el sombrero y despidiéndose de los concurrentes á la tertulia de D. Agapito, salió de la sala, tomó la puerta y dió con su obesa humanidad en la calle.

—Pues, señor, se dijo una vez en ella, ¿qué voy yo á sacar con casarme? Tal vez muchos disgustos, muchos quebraderos de cabeza y..... Vamos, Roque, ten juicio una vez en la vida y déjate de disparates. Tú no has nacido para casado, y no debes contrariar las leyes de naturaleza. Zapatero, á tus zapatos, y los tuyos, Roque, son habértelas á solas y libre como el pez en el agua. Y despues ¿qué me ha hecho la Luisita, para que yo me empeñe en estorbar sus planes? Nada, mañana le quito á mi amigo eso de la cabeza y que cada cual siga su camino. Y así pensando llegó á su casa, donde le esperaba la cena y la cama.

Al otro día, despues de almorzar, fuése á casa de don Agapito, y, sin rodeo, le presentó su dimision de amante de Luisa.

—¿Es decir, le dijo D. Agapito, que rechazas mis ofertas? ¿Con qué no quieres emparentar conmigo?

—Es que quiero tener juicio desde hoy en adelante, y empiezo por no contrariar la ley de los semejantes. Dile á la Luisita que te la explique: ella la conoce perfectamente. *Similia*; es decir, un jóven, *similibus*; esto es, con otro jóven. ¿Entiendes, Agapito? Y ¡ay del que contraría esa ley! ¿Sabes lo que puede sucederle? Pregúntaselo á la naturaleza, y lo sabrás. La flor que no encuentra el apoyo que le conviene, ó se marchita, ó lo busca.

—¡Vaya que estás filósofo! Se conoce que has tratado á mi hija. En fin, yo no puedo obligarte, y libre eres en desechar mis proposiciones. Seré como ántes tu amigo, pero si creés que con no querer tú á mi hija, ha de casarse con su primito, te engañas, Roque. Antes que eso, la muerte de Luisa, que seria capaz de morirse la muy tonta, ó su perpétua soltería.

—Agapito, será lo que Dios quiera, y nada más. Esta noche me dejaré ver por la tertulia, y enterare á la Luisita de mi desistimiento.

—Como quieras. Ya buscaré yo otro Rôque ménos filósofo para casarlo con mi filósofa Luisa.

D. Roque cumplió su promesa, y puso á Luisa al corriente de todo.

—Gracias, amigo D. Roque, gracias por sus buenos sentimientos y cuente Vd. siempre con la amistad y gratitud de Luisa. Como amiga, seré para Vd. todo lo cariñosa y afable que en la compostura quepa. Mande, Vd., pues, y será obedecido.

—Pues mando Luisita que procure complacer á su padre, olvidando á Gustavo.

—No es posible, D. Roque: eso es pedirme que huya de mí felicidad y ya vé Vd. que no es pequeño el sacrificio.

—¡Ay! hija mia, esa felicidad vá á costarle á Vd. muy cara.

—Paciencia, y mucho será que Dios no se apiade de nosotros.

—Él lo haga, Luisita. Yo poco puedo; pero si en algo me créa Vd. útil, mándeme con entera franqueza. Aunque raróte, según dicen, tengo buen fondo.

—Gracias, D. Roque, y crea Vd. que no olvidaré su ofrecimiento. Tal vez lo acepte algún día.

V.

D. Agapito, registrando su memoria, recordó que un amigo suyo, D. Salvador Perales, estaba por casar aún, que era rico, y que cumplía perfectamente con todas las cualidades que para marido de su hija deseaba. Fuéle á ver, hízole saber sus proyectos, y el viejo, que no estaba para matrimonios, le dijo muy claramente, que se dejase de locuras, y que pensase en otras cosas que en buscar esposos á sus hijas; que ellas, mejor que nadie, cumplirían con semejante comision.

—Pues nada, se dijo D. Agapito, vestirá imágenes Luisa, ó se morirá de amor, lo que es algo más difícil. En estos pensamientos andaba nuestro héroe, sin saber qué resolver para acomodar á sus hijas, cuando cayó enfermo. Un resfriado; pero como por ir á la bolsa de día, y muchas noches al bolsín no se lo cuidase, el resfriado fué tomando pié y se convirtió en catarro pulmonar. Y no hubo que darle vueltas, ni valieron un comino todas las drogas y todos los médicos, D. Agapito se murió y lo enterraron lo mismo que mueren y son enterrados los más pobres. Algun lujo en el entierro fué la diferencia.

Pasó un año, el del luto riguroso, y las chicas que no sabían qué hacerse solas y solteras, hablaron con sus curadores y convinieron en que se casarían las dos en un mis-

mo día, como, en efecto, lo hicieron el de la Natividad del Señor; de modo que, apesar de la voluntad de D. Agapito, Luisa casó con su primo Gustavo y Emilia con Antonio.

¿Y el chico aquel, hijo de D. Agapito y más listo que Cardona? preguntarás tú, amor mio. Y yo te contesto, que hasta ahora ha estado estudiando, que ha concluido sus estudios, y que vá á entrar en escena; es decir, á tomar parte en nuestro cuento. Si te parece lo describiremos. ¿Si?..... Pues allá vá nuestro hombre.

Enrique García y Sanchez, era el prototipo de los elegantes de Madrid. Buen mozo y elegantemente vestido, desde la muerte de su padre, rico, aprovechado y sin un pelo de tonto, desempeñaba en Madrid los primeros papeles en las tertulias y *soirées*—dispensa que te hable medio en francés, amor mio. La rica habla de Cervantes anda hoy de ese modo, y háblola como la encuentro—desempeñaba, decia, los primeros papeles en las tertulias y *soirées* de la alta aristocracia. Estaba al corriente de todas las novedades en todos sentidos y nada ocurría en Madrid, que él no supiese y comentase: hé aquí á nuestro nuevo personaje.

—Como es de suponer, no contrarió la voluntad de sus hermanas, ántes al contrario, celebró mucho su buena elección, y visitábalas de vez en cuando, queriéndolas mucho y procurando complacerlas en todo lo que le pedían y estaba en su mano. También casó él al fin, y fué su esposa una chica pobre; pero muy hacendosa y bien educada, y digo pobre en comparacion de Enrique, no porque lo fuese de solemnidad.

Los tres matrimonios resolvieron pasar una temporada en el campo y abandonaron Madrid por uno de los pueblecillos circunvecinos. Bien les iba llevando la tranquila vida de los labriegos, y bien les hubiese ido siempre, si don Agapito no se hubiese acordado de ellos.—¿D. Agapito? dirás tú seguramente ¿pues no habia muerto? Sí, hija; pero

¿no te acuerdas del título de este cuento: *Un avaro del otro mundo*? A contar su historia vamos, y vá á explicárnosla él mismo.

Tranquilamente dormían una noche los tres matrimonios, cuando Enrique oyó que álguien le llamaba. Era como una voz interior, como un grito de su propia alma; pero claro, distinto y perfectamente perceptible.

—¿Quién me llama? preguntó Enrique, que sólo á Dios temía.

—Un avaro que sufre en el otro mundo.

—¿Y qué quiere de mí ese avaro?

—Que le oigas su historia y que ruegues por él.

—Eso haré yo voluntariamente y de muy buen grado. Venga la historia, que de los ruegos no me olvidaré.

—¿Conociste á Agapito García?

—¡Cielos, ¡mi padre!

—El mismo soy: el mismo, que viene á rogaros que le perdoneis sus extravagancias y miserias; el mismo que viene á pedir os que en vuestras oraciones no le olvideis nunca. Oye mi historia, Enrique; y guárdala como saludable ejemplo en tu memoria.

No sé si estoy ó no privado de mi cuerpo; pero creo que sí, porque me siento más ágil que de costumbre. Supongo que he muerto, porque aunque á vuestro lado siempre, no me decís nada nunca. Horas y horas paso sentado en esta silla de mi despacho, y hablo y grito y cuento mis onzas, y nadie, nadie se apercibe de mi presencia. Hace más de un año que me encuentro lo mismo que hoy, y hasta hoy no me has oído. ¿Qué te he hecho, para que no me escuches, hijo mío? ¡Ah! me odiais, porque economizo demasiado; porque escondo de vosotros el dinero y porque procuro ganarlo de cualquier manera. ¡Ingratos! para vosotros será algún día; pero dejadme amontonarlo bien y vigilarlo y recrearme en su vista y sonido. ¡Qué hermoso es!

—Padre, interrumpióle Enrique, olvidad el dinero, y

acaso mejorareis de suerte. Estais muerto, y lo que os hizo pecar en el mundo terrestre, os hace padecer en el celeste. Arrepentíos de las malas acciones que empleásteis con vuestros deudores, y cesareis acaso de sufrir.

—¿Y quién te ha enseñado eso?

—El Dios de los justos lo ha dicho. Aquello que más os seduzca será con el tiempo vuestra afrenta.

—¡Hijo, cuanto bien me haces con tus consejos! Sigue, Enrique, que para enseñar á los que no saben pone Dios la ciencia al alcance del hombre. Habla, hijo mio.

—Ya os lo he dicho todo. Arrepentíos y pedid á muchos que rueguen á Dios por vuestra alma, como yo rogaré fervorosamente desde esta noche en adelante.

—Y cómo podré pedirlo á Luisa y Emilia?

—De eso me encargo yo, padre mio.

—Dios te lo pagará, hijo mio.

Y concluyó la voz interior, y Enrique sobresaltado, despertó á su esposa, y preguntándole si algo habia oido, como le contestase negativamente, tuvo por un sueño lo que le habia pasado.

—Sin embargo cumpliré lo prometido, se dijo. Nada pierdo con hacerlo y tal vez gane algo; pues como aseguró Calderon:

«áun en ensueños
no se pierde el hacer bien.»

VI.

Al otro dia refirió Enrique á sus cuñados lo ocurrido, y llamando todos á sus respectivas esposas, convinieron en que cada semana se harian limosnas á nombre de D. Agapito. Así lo hacen en la actualidad, y es fama que ya nadie maldice como ántes, del pobre de D. Agapito. Si no te gusta este cuento, amor mio, lee el siguiente que, acaso lo encuentres más bonito. Yo por tal lo tengo.

EL AMOR DE UNA MADRE DIFUNTA.

I.

¡Una madre!..... ¡Qué nombre tan agradable es el de madre, amor mio! ¡Dichosa tú que aún la tienes viva, é infelices una y mil veces los que, como yo, han tenido la desgracia de perderla casi sin haberla conocido! Las madres son en el mundo terrestre como la encarnacion de nuestros ángeles guardianes; y por eso, sólo amor y buenos consejos encontramos en ellas, que todo lo sacrifican á nuestro bienestar y comodidades, á nuestra felicidad material y espiritual. Porque las buenas madres no se contentan con satisfacer nuestros racionales deseos, sino que nos proporcionan tambien el alimento del alma, las creencias que serán con el tiempo el áncora salvadora del hombre en el desatado temporal de las mundanales pasiones. ¡Ah! si los hijos ántes de ejecutar accion alguna, la examinásemos á la luz de los consejos que nuestras madres nos dieron, cuando al calor de su seno nos preparaban para la vida, otro andaria el mundo, amor de mis amores, y ménos lágrimas brotarían de nuestros ojos y ménos suspiros exhalarían nuestros pechos. Pero, apénas salimos de la niñez, queremos ser supremos árbitros, volar exclusivamente con nuestras propias alas, que son de cera, y, como

Ycaro, caemos y recibimos mil golpes y lloramos, y mucho es que no nos desesperemos. ¡Sí, bienaventurados los que tienen madre en la tierra; porque ellos se evitan muchas penas y contratiempos! Pero nuestras madres ¿habrán cesado para siempre de prestarnos su cooperacion, de demostrarnos su cariño? Parece, segun del cuento que voy á referirte se desprende, que nó, y que, léjos de abandonarnos á nuestras propias fuerzas, con más insistencia que durante su vida, nos prestan su dulce y consolador auxilio. Angeles guardianes hemos dicho que parecian las madres, y nuestros ángeles guardianes, así lo dice la religion, no nos abandonan nunca. Verdad consoladora que todos debíamos admitir, aunque no fuera más que á título de hipótesis, porque es uno de esos principios que alientan en la desgracia y vigorizan en el desempeño de nuestras tareas. Pero vamos al cuento, que, si quisiéramos filosofar sobre cosas de esta índole, no acabaríamos en todo un año.

Catalina era una viuda que, por toda compañía tenía una niña de trece años, hija suya, hermosa como un cielo de primavera, y buena como los ángeles del celeste reino. Era hija de su madre, y con esto está dicho todo: porque Catalina era un modelo de buenas madres. Se querian entrañablemente, nunca se habian separado, y la idea de que así pudiese suceder, les causaba verdadero horror. Y sin embargo, habia de llegar ese momento; porque Catalina no gastaba mucha salud, y su enfermedad era incurable. Un dia llamó á Gertrúdis; así se llamaba la niña, y cubriéndola ántes de besos y caricias, le dijo:

—¿Me quieres mucho, Tula mia?

—¡Vaya una pregunta más rara! Cualquiera diria que no lo sabes de memoria.

—Es que me gusta oírtelo repetir.

—Pues, mira, dijo la niña, cagiendo entre sus dos manecitas la pálida cara de su madre, te quiero tanto y tanto, que ahora mismo voy á comerte á besos. Y así diciendo,

dióle una infinidad sin reposar, ni dejar que reposase Catalina.

—Niña, no seas loquilla. ¿No ves que me harás toser con tanto besó y tantas caricias? Si ni tiempo me dejas para respirar!

—¡Anda, ingrata! Nunca estás contenta de nada, y unas veces por poco y otras por mucho, siempre tienes algo de qué quejarte.

—¡Vaya! Hablemos con juicio y sin enfadarte; ¿qué harías, si te quedases sola en el mundo?

—Ya sabes que esas conversaciones no me gustan.

—Y sin embargo, hija, hemos de tenerlas; porque yo no seré eterna, y natural es que estés prevenida por si algun día te falto.

—Entónces pensaria en lo que habria de hacer. Hoy no tengo necesidad de hacerlo; porqué estás á mi lado.

—Esas respuestas son subterfugios indignos de tu formalidad. No seas niña, Tula mia, y contéstame. ¿Qué harías?

—No lo sé ni puedo saberlo, porque nunca me he encontrado en ese caso.

—Pues yo que me he encontrado, despues de muerta mi madre—Q. G. G.—y ántes de casarme con tu papá

—Q. E. P. D.—voy á decírtelo. Si te acomoda lo que yo hice, ¿lo harás tambien?

—Convenido.

—En primer lugar, nunca olvidé á mi buena madre.

—Eso lo debias pasar por alto; porque se supone.

—Despues esperé con paciencia, junto á mis tios, á que me saliese un buen novio, y cuando lo tuve me casé.

—Y te fué bien ¿verdad?

—Siempre me lo has oido decir.

—Pues yo procuraré imitarte. Lo malo es que acaso el que á mí me parezca bueno saldrá luego un mala cabeza.

—Para eso se tienen dos ojos en la cara, lengua en la boca y razon dentro de la cabeza.

- ¿Y qué quieres decir con eso?
- Que se observa, se piden informes y se reflexiona.
- ¿Y si aún así me equivoco?
- Entonces paciencia y resignacion. Señal que conviene á los fines de Dios.
- ¿Y qué más hiciste?
- El resto lo sabes; querer mucho á mi esposo, quererte mucho á tí, no desesperarme nunca y no dejarme dominar por ninguno de mis sufrimientos.
- Pues yo te prometo hacer lo mismo.

II.

Un mes habia pasado desde que madre é hija sostuvieron la anterior conversacion, cuando las dolencias de la primera llegaron á su último período. Catalina estaba tísica, y los médicos la deshauciaron. Algunos dias despues de la última consulta, entre las angustias de la muerte, la madre llamó á la hija, besóla amorosamente, apretóla contra su seno y le dijo con voz casi imperceptible.

—¡Adios, Tula mia, hasta el otro mundo! No te olvides de mis consejos, ni de lo que me prometistes, y si algun dia no sabes qué partido tomar, dirígete al santo de tu devocion y dile que te ilumine.

Dos lágrimas corrieron por las pálidas y demacradas mejillas de Catalina y lanzó su último suspiro. Dejo á tu cargo imaginar la tristeza de Tula y la desesperacion de su alma, al encontrarse sola en el mundo. Recogióla en su casa una buena señora del lugar, que en obras de semejante naturaleza empleaba su vida y sus riquezas, y allí fué consolándose poco á poco, cumpliendo así una parte de su promesa, la de no dejarse dominar por sufrimiento alguno.

Ya se hacia querer de su protectora, la marquesa del En-

cinar, y ésta que en amar á los desgraciados se complacía, amaba á su protegida como si fuese hija suya.

Pasó un año y otro, y á Tula no le salía un novio. Quince años contaba, cuando al fin apareció el hombre que había de decirle los primeros chicoleos á la huérfanita, como la llamaban todos. Era el futuro pretendiente de Gertrúdis un labriego muy bueno; pero bastante escaso de meollo. *Al pan pan y al vino vino*: hé aquí la fórmula de su conducta. Presentóse en casa de la marquesa, y sin más rodeos, le dijo al punto.

—Señora Marquesa, yo me quiero casar con Tula.

—Hombre, no vayas tan de prisa, Bernardo. Primero te has de dirigir á ella. ¿Te corresponde Tula?

—No lo sé; pero en queriendo la Señora Marquesa, Tula se casará conmigo.

—Eso lo dices tú; pero no sabemos lo que ella piensa.

—Pues llámela V. E. y pregúnteselo.

—¿Es decir; que quieres que yo la enamore por tí?

—¡Enamorar! aquí no se enamora á nadie. Si conviene el novio, se hace la boda.

—Por eso andan muchos matrimonios como quiere el diabló y no como Dios manda. Si te gusta Tula, díselo y, si ella te quiere por esposo, yo no pongo obstáculo. Mira, ahí viene, á ver cómo te explicas.

Gertrúdis, vestida con modestia; pero muy elegante, entró en la sala, y, saludando afablemente á Bernardo, fué á sentarse junto á la marquesa.

—Tula, le dijo ésta: ¿sabes que este perillan quiere robarle á mi compañía?

—Sí, Gertrudis, añadió Bernardo, me gustas y, si quieres, me caso contigo.

—Tula bajo ruborosamente los ojos y no dijo palabra alguna.

—¿Es decir que me desprecias? preguntó Bernardo con su rustiquez acostumbrada.

—No hay tal, Bernardo, pero el matrimonio es cosa muy seria para resolverlo sin meditarlo. Yo no te desprecio, antes agradezco tu cariño; pero no puedo contestar á tu proposicion. Dáme tiempo para pensarlo, y despues veremos.

—Pues hasta mañana que volveré por la respuesta; y salió de la sala haciendo una cómica reverencia.

Hubo un momento de silencio. Tula resolvióse á romperlo y, dirigiéndose á la marquesa, le dijo:

—¿Qué me aconseja V. E?

—Yo, hija, no debo mezclarme en asunto tan delicado. Medítalo con despacio, y resuélvete luego. Mi voluntad será la tuya siempre, á ménos que aquel con quien quisieras casarte fuese un calavera manifiesto, pues entónces me opondria. El caso presente no es ese, y te dejo en completa libertad. ¿No me has dicho más de una vez que el santo de tu devocion te ilumina con frecuencia? Pues dirígete á él, Tula, y haz lo que él te aconseje.

—Así lo haré, Señora Marquesa.

—Dios permita que te pueda dar un buen consejo; y así diciendo, salió de la sala la del Encinar, dejando sola á Tula que fuese á su aposento y arrodillándose ante un cuadro de Santa Catalina, que era el santo de su devoción, pidióle que la iluminase. Algunos minutos despues, salió de su cuarto y entregóse a sus quehaceres.

Habia en casa de la marquesa una criada muy dada á las canciones populares, y siempre las estaba cantando, apesar de las reprimendas que de la Señora Marquesa recibia. Planchando estaba en una habitacion contigua al aposento en que trabajaba Gertrúdis, y, como de costumbre, cantando. No bien se habia sentado Tula ante su telar, cuando Cándida, la cantora sempiterna, entonó esta seguidilla:

Las niñas que sin juicio
Toman esposo,
Pagan despues, muy caro

Su despropósito.
 Piensa, mi vida,
 Que pensando, mil penas
 El hombre evita.

Tula se sorprendió de la coincidencia; pero no quiso tomarla por un aviso. Además, con ella no rezaba la seguidilla, pues harto pensaba en lo que debía resolver. Cándida tosió para limpiarse la garganta, y con más fuerza que la vez anterior, cantó la siguiente copla:

Para una mujer juiciosa
 Que quiere en su casa paz,
 El mejor de los maridos
 Es el que más sabe amar.

El tiro era más directo; pero Tula no lo consideró bastante certero aún, y esperó que Cándida entonase otra de sus canciones favoritas, para darse por aludida. La cantatriz doméstica no se hizo esperar, y esforzando la voz, explicó sus anteriores pensamientos en esta seguidilla:

El hombre que no quiere
 Con fé sincera,
 Busca siempre las cosas
 A la ligera.
 Donde no hay calma,
 Tampoco, niña, busques
 Amor del alma.

—¡Ah! exclamó Gertrúdis; esto debe ser providencial. Esas trovas de Cándida son avisos para mí, y no debo dejar de escucharlos. Mañana, cuando venga Bernardo, le hablaré con franqueza; porque ántes que la obediencia ciega es la felicidad. Sí, yo no debo precipitarme; así lo hizo mi buena madre, y le prometí imitarla en todo.

Al otro día, bien de mañana, llegó Bernardo, y Tula, del mejor modo que supo, lo desengañó sin tratar de ruborizarle.

—Paciencia, dijo el labriego, y se fué muy tranquilo á sus faenas.

III.

No pasó mucho tiempo, sin que le saliese otro nuevo pretendiente á Tula, que, aunque pobre, algo creían muchos que recibiría de la marquesa; pues así lo habia hecho ésta con otras huérfanas á quienes recógiera en su casa. El nuevo pretendiente era el reverso de Bernardo. Pulido moral y físicamente, buen mozo y de excelente familia, aunque no muy acomodada, Eduardo Dominguez era lo que suele llamarse un partido aceptable. Eduardo empezó por galantear á Tula y ésta no se resistió mucho á los obsequios del nuevo campeón. Entablaron formalmente sus amorosas relaciones; pero como que Tula era toda una muchacha de juicio, le dijo á Eduardo que no queria ocultar sus amores á la marquesa, y que estaba dispuesta á ponerlos en su conocimiento.

—Cuando mejor te parezca, Tula amada. Mis intenciones son buenas y no me empeño en ocultarlas.

—Pues hoy mismo las comunicaré á S. E.

—Como gustes.

Aquel mismo dia lo supo todo la marquesa del Encinar quien no puso inconveniente en que Eduardo visitase de vez en cuando la casa.

—Pero te advierto, Tula, añadió la buena señora, que no porque Eduardo sea de tu gusto, has de pasar por alto la consulta con el santo de tu devocion.

Gertrúdis lloró interiormente; porque hasta entónces no se le habia ocurrido semejante idea, faltando así á la promesa que hiciera á su madre moribunda.

—Parece que te ha disgustado mi advertencia, díjole la marquesa al verla tan pensativa.

—¿A mí? nó, señora, ántes al contrario, me ha complaci-

do el recuerdo; porque, si he de confesar la verdad, ellas que de semejante consulta habíame olvidado.

—¡Ah, amor! eres capaz de cegar a las más formales. Nada, Tula, aún estás á tiempo.

—No dejaré de hacerlo, señora marquesa, y separáronse las dos mujeres, para entregarse á sus benéficas ocupaciones la marquesa, á quien dejaremos en ellas, y para hacer su consulta Gertrudis, á la cual seguiremos. Entró en su aposento, arrodillóse ante la imagen de Santa Catalina y oró un buen rato, concluyendo con esta plegaria:

—«¡Madre mia, yo te ruego por la intercesion del santo de tu nombre, que ilumines mi razon y que, ahogando la voz de la pasion, me hagas ver claro en el asunto de mis relaciones con Eduardo. Un milagro, Dios mío, que sirva de guia á esta tu humilde sierva y haz que de uno ú otro modo, sepa yo si es buena la eleccion que ha hecho mi alma!»

Una voz lejana cantó la siguiente copla:

No es buena eleccion aquella
Que, aunque en apariencia igual,
Funda en hechos no seguros,
Niña, toda su igualdad.

¿A Gertrúdis no le acomodó mucho que digamos la copla del labriego—que un labriego supuso que era el lejano cantor—Amaba demasiado á su novio para resolverse á perderlo sólo por una copla, que se ajustaba exactamente á las circunstancias en que ella, respecto de Eduardo se encontraba. Quería, para desistir de sus amorosas relaciones, una prueba algo más patente de la intervencion de su madre en la decision que habia de tomar. Para ello esforzó su fervor, y pidióle á Santa Catalina que la iluminase, que de un modo indubitable le indicase lo que habia de hacer.

No hubo entónces cancion alguna, ni nada pudo indicarle que su madre reprochaba el enlace con Eduardo; pero, al salir de su cuarto, halló sobre una mesa, donde solia es-

cribir la marquesa, un libro abierto. La marquesa ántes de salir habia estado leyendo en él, y, movida de la curiosidad, quiso Tula saber el título del libro.

—Veamos qué libros lee la señora marquesa, y, tomándolo de encima de la mesa y, sin perder la página por donde estaba abierto fué volviéndolas todas hasta llegar á la primera, que contenia el título: *La perfecta casada* era el del libro que entre sus manos tenia. Lo leeré, se dijo Tula, y veremos lo que debe ser una perfecta casada.

Llegó la noche y con ella la marquesa, que, concluidas sus piadosas obras, regresaba á su casa más triste que lo de costumbre.

—¿Qué tiene la Señora Marquesa que entra hoy tan pensativa? preguntóle Tula.

—Nada, hija, un desengaño más en la vida.

—¿Sobre qué versa ese desengaño, si puedo yo saberlo?

—Sobre tí, Tula mia.

—¿Sobre mí?

—Sí; óyeme y no te enfades. Creo que Eduardo no será para tí un buen esposo.

—¿Y qué motivos tiene la Señora Marquesa para creerlo?

—Sus propias palabras. ¿Sabes lo que ha dicho hoy en casa de una de mis protegidas?

—¿Qué ha dicho, Señora?

—Oye sus mismas palabras: «Supongo que la Señora Marquesa del Encinar hará por Tula lo que por tí, Genoveva. Si así no fuese, creo que habria de desistir de mi matrimonio, porque, aunque no soy pobre, tampoco tengo tanto para cargar con una huérfana sin dote.»

—¡Eso dijo! ¿Luego me quiere condicionalmente? ¡Ah, maldito interés, qué cosas obras en el mundo!

—Tula, créeme, debes desistir de esos amores.

—Desistiré, Señora Marquesa. Las palabras de V. E. deben ser ciertas, y aunque la hubiesen engañado, la mani-

festacion que acabo de oir es para mi una órden terminante.

—No, Tula, eres dueña de tu voluntad. Infórmate acerca de las intenciones de Eduardo, y resuelve lo que mejor te parezca.

—Estoy resuelta Señora, y, levantándose dirigióse á su aposento y en cuatro palabras por escrito hizo saber á Eduardo la conclusion de sus amorosas relaciones. En vano procuró aquel reanudarlas: Tula se mantuvo firme siempre.

IV

Aquella noche la pasó llorando Gertrudis. Al rayar el alba, levantóse y, dirigiéndose á su santa favorita, le pidió consejo sobre lo que debia hacer, para encontrar un buen esposo. Una voz lejana, pero clara, como si en el mismo aposento estuviese la persona de donde provenia, le contestó estas palabras:

—Espera, hija mia.

—Esperaré, pues, se dijo á si misma Gertrudis, admirada de lo que le pasaba, y como dudosa de lo que habia oido.

—Un hombre hay, continuó la voz misteriosa, que pretenderá tu mano. No tardará mucho tiempo en presentarse y declararte su amor. Acéptalo, y serás todo lo feliz que en la tierra puede serse.

—Su nombre, voz misteriosa.

—Alberto.

—Su apellido.

—Alvarez.

—Su profesion.

—Capitalista.

—¿Nada más debo saber acerca de mi futuro esposo?

—Una sola cosa más; que, aunque te parezca superior á tí, es el que Dios para esposo te destina.

Cesó la voz y Tula sorprendida hasta la admiracion, dando gracias a su Santa favorita, se dispuso á esperar.

Aquel mismo dia llegó á casa de la Señora Marquesa un hermano suyo. No le esperaba aquélla y, abrazándole cariñosamente:

—¿Qué vientos te traen por aquí, Alberto? preguntóle.

—¡Alberto! exclamó Tula para sus adentros, y estrechando la mano que la Marquesa le tendia, dejóse conducir hasta que estuvo frente á frente de aquel hombre, para ella desconocido.

—Te presento á la más querida de mis protegidas, dijo la Marquesa, señalando á Tula y dirigiéndose á Alberto. Y á tí, Tula, te hago conocer á mi segundo hermano, Alberto Alvarez.

Tula se enclinó respetuosamente; hizo otro tanto Alberto, y sin, proferir palabra ninguno de entrambos, se miraron de un modo especial, que no escapó á la fina penetracion de la Marquesa.

Pasaban dias, y Alberto, que era enemigo acérrimo de la vida del campo, no hablaba de dar la vuelta á Madrid. Una noche estaba solo con la Marquesa, pues Gertrúdis se encontraba en sus ocupaciones caseras que la retenian por las habitaciones interiores.

—¿Sabes una cosa, hermana?

—¿Qué es ello, Alberto?

—Que estoy enamorado y pienso casarme, si tú no te opones.

—¿Oponerme yo? ¿Y con qué derecho?

—Con el de protectora.

—¿Protectora tuya yo? Nunca he tenido esa fortuna.

—Mia nó, pero de mi futura esposa.

—Ahora te entiendo ménos.

—¡Jesús! que tonta estás mujer.

—Hombre, no me sé explicar tus palabras. Háblame claro.

—¿Claro eh? Pues oye: ¿quieres darme por esposa á Tula?

—¡Muchacho, qué dices!

—Lo que escuchas.

—¿Pero ustedes se entienden?

—Quién sabe si, apesar de que nada nos hemos dicho.

—¿Y tu sabes quién es Tula?

—Una huérfana.

—Pobre.

—Bueno, para eso somos los ricos; para las pobres. ¿No es buena chica Tula?

—Mucho, Alberto; como se encuentran pocas, y en Madrid ménos que en ninguna parte.

—¿No sabe todo lo que tú sabes?

—Si, y acaso más; porque ha estudiado más que yo y con más afición.

—Entónces ¿qué le falta?

—Sí tú te conformas con lo dicho, nada, absolutamente nada.

—Pues, me das tu consentimiento y asunto concluido.

—Si eso te hace falta, cuenta con él; pero ántes debes consultar la voluntad de Tula.

—Llámalala y terminemos el negocio esta noche misma.

—Tula, dijo la Marquesa, levantando la voz.

—Voy señora; y un momento despues entró en la sala, vestida con su sencilla elegancia, aunque algo más compuesta de lo regular.

—¿Qué elegante te pones de algun tiempo á esta parte! díjole la del Encinar.

—Si no le parece bien á la Señora Marquesa.....

—Si, niña. Ven, siéntate aquí á mi lado, y dime con franqueza ¿qué te parece ese hombre?

—Yo, señora.....

—Habla, mujer ¿te gustaria para esposo?

—Señora, yo soy demasiado poco para aspirar á tanto.

—Vamos, eso quiere decir que sí. Pues, si tú lo quieres, tuyo es. El te quiere y yo te lo doy, llena el alma de alegría, porque me dice la conciencia que sereis felices.

—Sí, Tula, exclamó Alberto; yo la amo á Vd., y si usted corresponde á mi amor, suya será eternamente mi alma toda.

—La Señora Marquesa lo ha dicho por mí, repuso Gertrúdis ruborizada y bajando humildemente los ojos.

—Pues nada, señores novios, á amonestarse y luego á doblar el cuello á la coyunda. Yo, para que no se diga que la novia vá pelada á la boda, le regalo esta casa de campo, con más el traje de novia.

—Gracias, Señora Marquesa; pero yo no puedo ni debo aceptar.

—Tú harás lo que yo mande y punto en boca.

—Y yo ¿qué puedo regalarle á mi futura esposa?

—Tú, el cariño de verdadero y fiel esposo.

—¿Y nada más?

—Con eso, si no se lo quitas nunca, tendrá bastante para ser feliz. ¿Verdad, Tula?

—¡Oh! sí, Señora Marquesa; toda mi ambicion en eso se cifra.

—¿Es decir, dijo sonriendo Alberto, que *contigo pan y cebolla*?

—Demasiado-sabes tú, que no falta el pan en tu casa, ni con qué comprar todo lo que necesario sea á la dicha material. Queremos decir nosotras que, no porque tengas miles, te has de figurar que compras á tu esposa con ese dinero. El bien doméstico con amor se adquiere y en amor consiste. ¿Endiendes ahora?

—Hermana, me parece que yo.....

—Sí, ya sé lo que eres; pero hoy anda en boga la teoría de *tanto tienes tanto vales*, y nosotras las *lugareñas* no somos por esas. Punto y concluido, y á dormir, que es tarde.

V.

Doña Gertrúdis Velez de Alvarez, es hoy una de las más notables damas de la corte. Sus amigos han dado en la manía de que debe tener un encantador que en todo la instruye; porque tiene la fortuna de acertarlo todo. Es madre de dos niños que son dos serafines; su esposo se desvive por ella, y ella se desvive por su esposo. Parece la casa de los Marqueses del Encinar—pues han pasado á ser herederos del título por muerte de la marquesa, que vivió y murió soltera—parece aquella casa, digo, un nido de dichas y felicidades. ¿Y nada les hace sufrir? preguntarás tú, amor mio. Nó; porque no se desesperan nunca, ni se dejan dominar por ninguna de sus penas.

De los otros personajes de nuestro cuento nada quiero decirte; porque no son tan importantes que merezcan especial mencion. Y ¿ya está concluida la historia de *el amor de una madre difunta*? Ya, luz de mis ojos.

—Pues no me ha gustado ni esto, dirás tú, poniendo la uña del dedo pulgar debajo de los dientes de tu boquita de claveles, y haciéndola crugir de aquel modo especial que suele hacerse, para indicar que no nos ha gustado nada una cosa; y yo te contesto:

—Y ¿por qué no te ha gustado?

—Porque no he visto aparecer á la tal madre.

—¿Y las canciones de Cándida, y la del labriego y el descubrimiento de la marquesa, y la voz interior que oyó Gertrúdis?

—Ilusiones y casualidades.

—Así lo hacemos nosotros. Dios nos favorece con sus consejos de un modo indirecto, y nosotros le pagamos con una duda acerca de su existencia y de su realidad. ¡Ca-

sualidad! Nada hay casual en el mundo, ni siquiera el ruido más insignificante; porque hasta ese ruido, casi imperceptible, es una pieza en el órden de la creacion. ¡Ilusiones!..... ¿Qué entiendes tú por ilusion? ¿Lo que no se vé y no se toca, como decia D. Agapito? Pues, sabe que eso por lo mismo que no se vé ni se toca, es lo más real; porque ya se ha desprendido de todo lo que formaba la capa deleznable y perecedera. No hay casualidad, amor mio; Providencia, ésta es la palabra. Ilusiones son las que nos forjamos sobre la dicha terrena. Lo demás es real y positivo.

—Pruebas, exclamas.

—Ya las tendrás algun dia. Por ahora, crée y siente. Creer es ser feliz; sentir es aspirar á algo superior á lo terrena. ¡Quién sabe lo que veremos dentro de poco tiempo, si todos nos resolvemos á creer y sentir! Tal vez el mundo entrará en mejor sendero.

Si el autor de las *Historias de ultra-tumba* consigue, publicándolas, aumentar el número de los que creen y sienten, se dará por muy venturoso. ¡Permítalo Dios!

UN PADRE MUERTO Y UN HIJO VIVO.

I.

El autor de estas *historias* quiere tener, al empezar la presente, una exigencia, y es que tú, amor mio, y todos los que las leyeren, hagan seguir á la lectura de la anterior, la de ésta. ¿Y por qué semejante capricho? preguntarás tú. Por una razon muy sencilla y que no dejaré en el tin-tero.

Creer y sentir ha sido el resúmen de mi doctrina al terminar *El amor de una madre difunta*, y, como hoy anda tan en boga el uso de la razon para estudiarlo y explicarlo todo, no quiero que nadie se figure que yo pretendo borrarla del número de las humanas facultades. ¡Libreme Dios de tamaño desatino! La razon, la chispa divina, el reflejo de Dios en la tierra, es digna y muy digna de cultivo y de consulta. Creer, sin pedirle á la razon su fallo, equivale á hacernos esclavos del error; y sentir, sin sujetar nuestras sensaciones y sentimientos al tribunal del raciocinio, es entregarnos maniatados á la pasion y al instinto. El autor de las *Historias de ultra-tumba*, que no ha hecho otra cosa en su vida que procurar el cultivo de su razon y que, en medio de muchos malos ratos, no ha dejado de gozar, haciéndolo, no debe aconsejar lo contrario. Anhela

por la inversa, que se estudie mucho, que se luche por el desarrollo de la razon, que nadie crea *porque el maestro lo ha dicho*, sino porque, examinada la cosa, se la juzgue digna de asentimiento. En una palabra: anhela que la razon tenga en el *microcosmo*—que así, con mucho acierto, se ha llamado el hombre—la parte que Dios le asignó, y que legalmente le corresponde. Pero entre esto y no creer ni sentir más que lo que la razon comprende, existe un abismo, y eso es lo que reprueba mi anterior *historia*. Bueno es que la razon intente la explicacion de todo; seguramente esos esfuerzos de la humana inteligencia, léjos de molestarla, serán muy gratos á la Providencia, pues verá en ellos un deseo en armonía con su voluntad, respecto del hombre que, no es otra que la del progreso indefinido de la humanidad. Pero ¿por qué no se comprenda una cosa, hemos de negarla? Semejante sistema, sobre implicar una vanidad incalificable en quien lo adopte, es por demás absurdo, ya que nos conduciría á la negacion de todo, porque si bien lo examinamos, fuera de las primeras manifestaciones, nada comprendemos en la tierra. En el fondo de todas las cuestiones existe para el hombre un misterio, que Dios ha querido reservarse. Neguémoslo, pues, todo; porque nada comprendemos en su raíz y en su esencia, y así habremos concluido más pronto y más cómodamente. Hagamos el vacío en el mundo, y despues el diluvio, consecuencia inmediata de la negacion absoluta. CREER, SENTIR Y RAZONAR, aunque sin originarlo todo en el raciocinio, hé aquí el resúmen de nuestra teoría. Hecha esta aclaracion, vamos al cuento.

Un padre muerto y un hijo vivo, ¿qué puede ser eso? Allá veremos lo que saldrá; yo iré escribiendo y tú vé leyendo, que mucho será que á mí no me inspiren algo, y que tú no saques algun provecho de lo que á mí me dicten.

D. Gaspar Gutierrez, rico comerciante de Madrid, tenia un hijo á quien queria como á las niñas de sus ojos. Ha-

bíale dado una excelente educacion, proporcionábale todos los goces que con la buena conducta no están reñidos, y no en otra cosa se afanaba que en hacerle feliz la existencia en este mundo. Arturo, por su parte, correspondia dignamente á la estimacion de su padre, y andaban padre é hijo como dos buenos amigos que procurasen excederse mutuamente en la bondad del comportamiento. Llamaban la atencion por semejante circunstancia en toda la córte, que aún en medio de los que no saben practicarla, ó no quieren mejor dicho, encuentra admiradores la virtud. Que esto era una verdadera satisfacci3n para D. Gaspar y Arturo, no hay que decirlo. El juicio de los extraños halaga siempre, cuando es favorable; y, aunque no deba envanecernos, no es censurable que lo acojamos con agrado. Premio de las buenas acciones es la pública aprobacion, y siempre fué justo que nos satisfaga y alegre el premio que á nuestra buena conducta se asigne.

—Papá, dijo una noche Arturo á D. Gaspar, te participo que estoy enamorado.

—Hola, hola, señor calavera ¿con qué tenemos amoríos?

—¿Pues qué te creias? ¿Qué habia de pasar toda la vida sin querer á nadie más que á tí?

—No, hijo, no llega á tal punto mi egoismo; pero me ha sorprendido la salida.

—Peor será la segunda.

—¿Y cuál es?

—Que estoy enamorado de una viuda.

—Muchacho, ¿estás en tu juicio?

—Tanto como tú.

—¿Y quién es la viuda afortunada que te ha robado el corazon?

—¿Quiéres conocerla?

—Sí.

—Pues, mañana, al salir el sol, me esperará en el Retiro, y allí te la haré conocer.

—Pero y tus intenciones ¿cuáles son, Arturo?

—Buenas respecto de la virtud. Respecto del matrimonio, es cosa que debo pensarlo; porque aún he de averiguar cuales son las de Amelia. ¿Entiendes? Hoy es preciso ir con piés de plomo; porque hasta las mujeres comercian con su corazon.

—Verdad, hijo, verdad amarga; pero innegable. Todo se vende y se compra en este nuestro siglo del vapor y del telégrafo.

—Pues, por esa razon no quiero resolverme, sin procurar ántes indagarlo y meditarlo todo.

—Quiera el cielo que no te preocupes, Arturo mio, y que juzgues é indagues bien!

—Eso procuraré yo, que en ello va mi futura dicha ó mi desgracia futura.

Tocaron en el reloj de la inmediata parroquia las doce de la noche; deseáronselas buenas y felices padre é hijo y fuese cada cual á su habitacion, recordando Arturo á Don Gaspar que, al salir el sol del siguiente dia, habian de encontrarse ya en el Retiro.

—Asi sucederá, hijo, contestóle D. Gaspar.

—Cuidado, pues, con hacerte el remolon, cuando te llamen.

—Duerme tranquilo, seré madrugador.

II.

Aun no habia empezado la aurora á entreabrir las doradas puertas al padre Febo, como diria un lírico cuando D. Gaspar y Arturo se encontraban dando paseos por la calle central del Retiro. No fué tan puntual Amelia, que se hizo esperar un buen rato. Llegó, por fin, y bajando de un

lujoso coche saludó afablemente á Arturo; pero sorprendida de encontrarle acompañado, hizo ademán de tomar otra direccion. El jóven deteniéndola:

—Puede Vd. llegar sin temor alguno, Amelia encantadora, le dijo; el señor es mi padre, para quien no tengo secretos, y desea conocer á Vd. para ofrecerle su leal y sincera amistad. Y dirigiéndose luego á D. Gaspar, continuó: papá, tengo el gusto de presentarte á Amelia del Castillo, la jóven de quien te hablé anoche.

D. Gaspar se inclinó respetuosa y cortesmente, sorprendido de la sin igual hermosura de Amelia, que era, en efecto, de lo más bello que imaginarse puede. Sus ojos grandes y rasgados tenían el delicado azul del cielo de los trópicos; su boca, pequeña y encarnada como un rubí, dejaba entrever dos hileras de menudas perlas, cuando se contraía al impulso de un sonrisa de los que acostumbra regalar las mujeres á su enamorado amante; su nariz perfecta como la de una escultura griega, nada dejaba que desear al más refinado gusto, sus mejillas blancas como la nieve y sonrosadas, eran un modelo de perfeccion, y sus cabellos rubios como el oro, caían en ondulantes rizos á lo largo de su cuello de marfil. El traje correspondía á la belleza de Amelia. Un vestido de magnífica seda magistralmente cortado, un abrigo de fino y ligerísimo crespon y un sombrerito de última moda, completaban la hermosura de aquella encantadora mujer. Amelia conocía que era hermosa y sabía dar á su traje toda la elegancia correspondiente á la perfeccion de sus encantos.

—Caballero, dijo á D. Gaspar correspondiendo á los ofrecimientos de éste, su hijo de Vd. sabe quién es Amelia del Castillo, y no tengo necesidad decir á Vd. que la amante del hijo es la servidora del padre. Mi casa-palacio está á la disposicion de Vd.

—Mil gracias, Señora, repuso D. Gaspar. La casa que habito está asimismo á la disposicion de Vd., y en ella en

contrará Vd. siempre un buen amigo, que en servirla tendrá sumo gusto y verdadero placer.

No nos detendremos á referir la conversacion de Amelia y Arturo. ¿Quién ignora lo que suelen decirse los amantes?

Contentémonos con anunciar que separáronse los tres personajes de mi cuento despues de una hora de animado coloquio, tomando cada cual la direccion de su respectiva casa.

—Hasta la noche, Amelia, díjole Arturo, presentándole la mano, para ayudarla á subir al coche.

—Hasta la noche, Arturo.

—A los piés de Vd. señora, dijo D. Gaspar, inclinándose.

—Beso á Vd. la mano, caballero, repuso Amelia.

—Y bien, papá, ¿qué te parece mi novia? preguntó Arturo á D. Gaspar, caminando hacia su casa.

—Muy hermosa de cuerpo.

—Y.....

—Y nada más.

—¿Es decir que te gusta?

—A los ojos, sí.

—Y.....

—Y nada más, Arturo.

—Vaya, estás sentencioso. Háblame con franqueza. Ya sabes que siempre te escucho y sigo tus observaciones.

—Pues bien, Arturo: Amelia es una de tantas.

—¿Qué pretendes decir?

—Que quiere comerciar con su corazon.

—¿Y en qué te fundas?

—En sus palabras, en su modo de vestir, en su vanidad y en su afectacion de alta y distinguida Señora.

—Pero tú.....

—Yo soy más viejo que tú, y he visto algo más que tú.

—Pero puedes equivocarte.

—Lo mismo que otro cualquiera, aunque, segun todas

les probabilidades ménos que mi hijo Arturo, que es jóven y está enamorado. En fin, el tiempo dirá quién se equivoca en la presente ocasion.

III.

No faltó Arturo al ofrecimiento que, al separarse, habia hecho á Amelia. Encontróla tan elegante como siempre, aunque ménos risueña que de costumbre.

—¿Qué te pasa, Amelia? preguntóle Arturo, tuteándola por primera vez.

—Nada, Arturo, cosas de mi carácter. Ya sabe Vd. y acentuó la palabra—que suelo preocuparme de nada.

Arturo se ruborizó de la palabra Vd. tan manifestamente encaminada á darle á comprender que el tú suyo implicaba una libertad, que no se le habia concedido; pero repuesto, prosiguió el diálogo.

—No se preocupe Vd.—y á su vez acentuó—y procure no dejarse dominar por la imaginacion.

—¡Qué fácil es decir eso! El hacerlo es lo que no se consigue con la misma facilidad.

—Todo es quererlo. Pero, cuando falta voluntad, todo nos parece imposible, hasta corresponder á la verdadera pasion que por nosotros se siente.

Amelia no quiso darse por entendiða, y prosiguió:

—A ver, pues, déme Vd. una regla de conducta para lo sucesivo.

—Se la pediré á mi señor padre, que como más viejo que yo, entiende mejor eso.

—¡Su padre de Vd! Es decir que es muy conocedor del mundo.

—De ello se pica al ménos.

Amelia se inmutó ligeramente; pero no tan poco que Arturo no lo percibiese.

—¿Qué tiene Vd. Amelia?

—Nada, Arturo.

—Me pareció notar en sus facciones un no sé qué.

—Ilusion de Vd. Pero volviendo á D. Gaspar ¿qué dice de la amante de Arturo?

—Qué es encantadora.

—Y.....

—Y nada más; porque nada más puede decir, habiéndola visto hoy por vez primera.

—Sin embargo, los hombres suelen juzgar al primer golpe de vista.

—Si; pero mi señor padre no pertenece al vulgo de los hombres. Además, ¿qué le importa á Vd. el juicio de mi padre?

—Nada efectivamente; pero á las mujeres nos gusta siempre conocer el concepto que merecamos á los hombres. ¡Halaga tanto la buena opinion!

—La vanidad satisfecha es muy grata.

—No es esa la palabra, Arturo. El amor propio es diferente de la vanidad.

—Sí, tiene Vd. razon. En las conversaciones familiares solemos ser muy poco propios en el lenguaje. Dispénseme usted.

—Usted lo está siempre.

—Méenos cuando me equivoco, no en la propiedad sino en la eleccion de las palabras.

Tampoco se quiso dar por entendida Amelia, y prosiguió:

—Siempre, Arturo, siempre.

—Y Vd. ¿qué concepto forma de mi papá?

—Que es un buen sugeto.

—¿Y nada más?

—Sí.

—¿Y es?

—Que me parece bastante cortado á la antigua.

Arturo se sonrió benévolutamente, y, por toda respuesta, dijo á Amelia.

—Pues mire Vd. Amelia, él la encuentra á Vd. demasiado cortada á la moderna.

—Hola, ¿con que me ha juzgado? Luego Vd. se hacia el reservado conmigo.

—Cuando no se tiene suficiente franqueza con una persona, no todas las cosas pueden decirse y es preciso esperar á que ellos se franqueen.

El golpe fué más directo que los otros y Amelia, encendida como la grana, contestó á Arturo:

—Caballero, ha abusado Vd. de mi paciencia más de lo que debia permitir. Espero que se mantenga en los límites de la compostura, ó que me explique su extraña conducta.

—Será lo segundo, señora; ya que Vd. lo quiere. Lleno de verdadero cariño he penetrado en esta sala. Una palabra que creía intérprete fiel de mi amor, ha salido de mis labios, y esa palabra ha sido rechazada. A mi amor se ha correspondido con altivez, y yo, señora, no tolero desdenes de nadie. Hé aquí explicada mi conducta.

—¿Es decir?...

—Que es Vd. dueña de su corazon, como lo soy yo del mio.

—Arturo es Vd. un ingrato.

—Quizá; pero mi resolucion está tomada. Y levantándose, dirigióse á la puerta de salida.

La rabia devoraba el corazon de Amelia; pero pudo más el interés que el orgullo; y levantándose del asiento que ocupaba, y tomando de un brazo á Arturo:

—Venga Vd. acá, orgullosillo; me duele que por una niñada dejemos de querernos como hasta aquí nos hemos querido. ¿Qué anhelas de mí? ¿Lo que ya tienes? Pues ven

y siéntate á mi lado, y ámame como yo te amo, con toda el alma.

La serpiente venció al leon, y Arturo se dejó conducir hasta el sofá, donde los dejaremos á entrambos para ocuparnos de D. Gaspar.

IV.

Solo estaba en su casa y, como de costumbre, leyendo en su despacho. Pocos dias ántes de los sucesos que te refiero, amor mio, habia tomado á su servicio un hombre de quien ningunos informes tenia. Era el tal uno de esos muchos ladrones de profesion que de lo ageno se alimentan y que no perdonan medió de llevar á término sus maquinaciones. Habíanle él y sus compañeros puestos los ojos á la fortuna de D. Gaspar, y para sacar adelante el proyecto de robarle, convinieron en que uno de ellos, cuando el caso lo trajese, procurase entrar de criado en casa de D. Gaspar. Jorge, que tal es el nombre del nuevo personaje, se brindó á servir á D. Gaspar, y éste, escarmentado de pedir informes que siempre eran buenos, lo tomó sin reparo alguno.

Miéntas Arturo estuvo junto á su Amelia, Jorge abrió la puerta á sus compañeros, y despues de maniatar á los demás del servicio, penetraron en el despacho de D. Gaspar. Juzga tú de su sorpresa al verse con gente de tal calaña.

—El dinero ó la vida, D. Gaspar, díjole el jefe de la cuadrilla.

—¡Ladrones! gritó D. Gaspar; ¡La...

No pudo concluir. El filo de una enorme navaja le cortó la palabra, cortándole casi á cercen la cabeza. Los ladrones se apoderaron de las llaves; abrieron la caja y se llevaron consigo todo el dinero que encontraron. Arturo perdió en

una sola noche al mejor de los padres y una de las mejores posiciones. Su desesperacion fué inexplicable, sus desengaños innumerables. Los que se llamaban sus amigos, al verle arruinado, le abandonaron, y Amelia, aquella mujer que se habia humillado delante de él la noche de su desgracia, le negó su cariño. ¡Pobre Arturo! No le faltó sin embargo, el valor, y sobreponiéndose á su infortunio, se dedicó al trabajo. Sabia, y la ciencia es siempre un gran recurso. Dedicóse á su profesion de jurisconsulto, abrió su bufete, y se dispuso á ganarsela vida, haciendo pedimentos.

—Trabajemos, se dijo, y Dios proveerá. El trabajo es la ley del hombre y el que santamente la cumple, recoge siempre honra y provecho. Mi pobre padre trabajó como un desesperado por dejarme algo. La suerte quiso que yo no gozase el fruto de su trabajo. Quizá así conviene, y no es justo que yo me desespere. ¡Valor Arturo! Haz ver al mundo, que, aunque desgraciado, no te dejas vencer por la desgracia.

—Bien, hijo, oyó que le contestaban.

—¿Quién responde á mis pensamientos?

—Tu padre.

—No es posible que mi padre muerto, venga á hablar conmigo.

—No es posible para tí; para Dios lo es todo, ménos el absurdo y la injusticia.

—¿Y quién puede probarme que eres tú mi padre?

—Yo, si tienes valor para verme.

—¡Valor para verte! ¡Si no deseo otra cosa!

—Pues aquí me tienes, Arturo.

D. Gaspar apareció como de improviso en el cuarto de Arturo.

—¡Hijo mio! fueron sus primeras palabras.

—¡Padre! exclamó Arturo en el colmo de la admiración.

—Hijo, tu padre, que, aunque muerto, vive para amarte y dirigirte, viene á darte lo que inicuamente han querido robarte.

—¡Cómo! ¿la fortuna de que fui desposeído por tus asesinos volverá á mi poder?

—Sí, Arturo; Dios, en premio de tu abnegacion y conformidad, lo quiere.

—Y ¿de qué manera puede suceder eso?

—Oye, y lo sabrás todo, hijo.

—Habla, padre mio, que estoy pendiente de tus lábios.

—Tu padre fué víctima de un asesinato alevoso. Esto lo sabes tú, y como tú, Madrid entero; pero lo que se ignora, lo que, apesar de las pesquisas de los tribunales, no se ha descubierto, son los autores y cómplices de mi muerte. Dios me ordena revelarte ese secreto. Jorge, nuestro último criado, el mismo que encontraste maniatado como los demás sirvientes, fué quien franqueó la puerta á la cuadrilla de salteadores que me asesinaron y robaron. Despues de haber consumado el crimen, se hizo atar para evitar sospechas. ¿Quiénes fueron sus compañeros? Los mismos que saltean hoy las cercanías de Toledo, y que hoy mismo caerán en poder de sus perseguidores. Dios así lo dispone. Jorge no está en su compañía, sirve en Madrid en una casa muy conocida de Arturo, en la casa donde se fraguó ese complot horrible, del cual fui yo víctima, y tú, hijo, el instrumento involuntario.

—Padre ¿qué dices!

—La verdad horrible, pero la verdad, Arturo.

—Y ¿qué casa es esa? Quiero saberlo, quiero.....

—No debes querer lo que piensas. La justicia no se toma, se desea que nos la hagan, y nada más, hijo mio. Recuerda que las exageraciones de las virtudes son vicios, y la justicia exagerada, como ahora la quisieras, se trueca en ausencia de la justicia: en venganza.

—¡Perdon, Dios mio!

—Prosigo. En esa casa vive una víbora en forma de cándida y preciosísima paloma.

—Su nombre, padre, su nombre.

—¿Para qué lo quieres?

—Para exigir justicia contra la que lo lleva.

—¿Con qué objeto?

—Con el de castigar el crimen.

—Entonces, oyelo y tiembla. Ese nombre es: ¡Amelia del Castillo!

—¡Cielo santo! Amelia, la mujer que yo amaba con locura.

—Y que hasta mi revelacion amabas. Esa mujer, que no es lo que aparenta ser, sino una de esas muchas infelices que comercian con su cuerpo para ganarse la vida terrena, dificultándose la celeste; esa mujer convino con mis asesinos en tenerte lejos de mí, durante las noches para que ellos pudiesen asesinarme, robarme y repartirse luego lo que habia de ser tuyo, lo que para tí gané con el sudor de mi rostro.

¿Comprendes ahora la infame trama?

—Sí, padre mio; la comprendo y me horrorizo de tanta maldad.

—Y ¿deseas que no quede impune?

—Sí; porque así lo exige la justicia.

—Y no quedará, Arturo.

—Pero ¿cómo podrán llegar los tribunales á conocerlo?

—Por medio de pruebas terminantes que tú les presentarás.

—¿Yo?

—Tú, hijo de mi alma.

—Y ¿dónde he de encontrarlas?

—En casa de Amelia.

—¿Cómo?

—Oyeme. Tú denunciarás como autores de mi asesinato á los salteadores que serán hoy habidos en las cercanías de Toledo, y como cómplices á Jorge y Amelia. Cuando se te pidan pruebas, dirás que en casa de Amelia, en un secreter se hallarán las cartas que entre el jefe de la cuadrilla y Amelia se han cruzado.

- Y ¿existen realmente semejantes cartas?
- Existen, y tú te convencerás de ello, cuando las veas.
- Está bien, padre mío, tu voluntad será cumplida.
- Mi voluntad, nó; la de Dios que no quiere que triunfe el mal contra el bien.

D. Gaspar desapareció con la misma rapidez con que había aparecido, y Arturo, lleno de admiración se posternó ante Dios y bendijo una y mil veces su inmenso poder y su benevolencia inmensa.

Dos días después se leía en los periódicos de Madrid el siguiente suelto: «Anteayer fueron capturados por la guardia civil los individuos que en cuadrilla salteaban las cercanías de Toledo. Ha coincidido con este hecho la denuncia de los mismos como autores, y de dos personas más como cómplices de un horrible asesinato, no há mucho tiempo perpetrado en esta corte y del cual fué víctima una persona sumamente conocida en los círculos mercantiles de Madrid. El hecho de encontrarse la causa en sumario nos impide dar mayores aclaraciones. Tendremos al público al corriente de todo lo que pasa.»

V.

Madrid entero se encuentra hoy al corriente del fallo de los tribunales, y no hay que decir que todo lo que indicó don Gaspar á Arturo salió cierto. La circunstancia de hallarse las cartas en el lugar designado, se cuenta por algunos en el número de los milagros, pues, al preguntar el juez á Arturo, cómo sabía que en lugar semejante se encontraban, contestó, que sabía que allí estaban; porque desde algún tiempo lo soñaba cada noche, insistencia que le hizo creer ser aquello un aviso providencial.

Los autores y cómplices del asesinato sufren hoy su con-

dena; pues la pena de muerte que les fué impuesta, fuéles conmutada, gracias á las súplicas de Arturo, y éste, recobrada parte de su fortuna, vive dedicado al trabajo y haciendo todo el bien que le es posible,

En el presidio de Tarragona son modelo de paciencia y resignacion los salteadores de las cercanías de Toledo; Jorge no cesa de reprobarse su conducta para con D. Gaspar y Arturo, que tan benévolos se mostraron siempre con él.

¿Y de Amelia y de D. Gaspar qué se sabe? La primera murió á consecuencia del sufrimiento ocasionado por la vergüenza y el recuerdo de su crimen. Hájala Dios perdonado y permitido que el arrepentimiento la ponga en disposicion de rehabilitarse de sus pecados. De D. Gaspar nada puedo añadir á su aparicion. Quizá goce el premio concedido á los justos, que por tal era tenido de todos en Madrid.

LA RESURRECCION DE UN VIVO.

I.

Allá, al otro lado de los mares y en un pueblecito cuyo nombre no recuerdo; pero sí que pertenece al que aún llamamos nuevo mundo, vivía en una hermosa quinta un acaudalado rentista, de quien era sabido que debía sus riquezas al sudor y fatigas de infelices esclavos. D. Ramon de Valdepeñas, temeroso de perder su inmenso tesoro de carne, que él no consideraba humana, resolvióse á venderlo juntamente con su *ingenio*, apenas dió comienzo la insurreccion de las Américas españolas. Solitario y apesadumbrado vivía en su hermosa quinta, siendo el objeto de las hablillas de las gentes desocupadas, cuando de la noche á la mañana, como suele decirse, se le vió completamente trasformado, gracias al prohiamiento de Rosalinda, preciosísima jóven que encantaba por su belleza física y moral. Pero retrocedamos, amor mio, unos cuantos años, y sepamos cómo vino á este mundo Rosalinda.

II.

En el *ingenio* de Piedras-azules, pertenencia que fué del Sr. de Valdepeñas, existía, en la época á que nos referimos, un negro muy anciano ya, cuyo nombre era Juan

Francisco, al cual dieron en llamar *Quico el abuelo* sus compañeros de infortunio. Asegurábase entre ellos, que el abuelo tenía algo de adivino, pues acostumbraba á saber de antemano muchas de las cosas que luego se realizaban, y además, porque cuando algun robo se cometía en el *ingenio*, Quico, haciendo girar un cedazo y murmurando lo que él titulaba su oracion, acostumbraba á dar tantas y tales señas del ladron, que punto ménos que imposible era el no reconocerle. ¿Lo hacía por obra de Dios? ¿Hacíalo, al contrario, por arte de Belcebú? El autor de estas *historias*, no quiere, ni puede mezclarse en semejantes difíciles averiguaciones; pero asegura, persuadido de no mentir, que en el fondo de los *ingenios* de América son muchos los que como Quico, hacen la suerte del cedazo—así la llaman—y aciertan no pocas cosas que aún no se han realizado, ó que realizadas ya, no son conocidas en su procedimiento de realizacion.

Dorotea era nieta de Quico, y éste la quería entrañablemente, afanándose en ahorrar cuanto posible le fuese, para poder comprar la libertad de aquella, á quien titulaba hija, y que era el único lazo que le retenía á la miserable vida que arrastraba, sesenta años hacía ya. La existencia del esclavo es tan dura, que sólo el afecto hácia las personas que, ligadas por medio del parentesco, le rodean, la hacen soportable y llevadera. Si el amor de familia no se desarrollase tanto y tan prontamente entre los esclavos, los casos de suicidio serían aún mucho más numerosos que en la actualidad.

En contra de lo que normalmente acontece entre aquellas compactas masas de séres, de quienes decimos empero, que los hemos cristianizado, Dorotea era hija de legítimo matrimonio. Fueron sus padres dos mulatos, esclavos un día del Sr. de Valdepeñas, y muertos muy jóvenes durante una terrible epidemia que se ensañó en la numerosa negra de aquél, mermándola no poco. Por consecuencia

de este hecho, Dorotea pasó al cuidado de Quico, y éste resumió en ella el inmenso amor de padre y abuelo....
 ¡Juzguen los lectores si habia de quererla!

En la época á que hago referencia, vivia aún la buena y santa consorte de D. Ramon, digna por todos conceptos de ser la más querida de las esposas, á pesar de lo cual era una mártir que sufría con admirable resignacion los malos tratamientos de aquella fiera en forma de hombre. Angela se llamaba, y su corazon era todo amor y caridad para con sus semejantes, y en particular para con aquellos infelices esclavos, sobre quienes velaba como un ángel custodio; logrando, aunque no siempre, evitarles los crueles latigazos con que castigaban sus delitos, sus faltas, sus distracciones á veces. ¡Cuánto sufría aquella alma caritativa en medio de los horrores ineludiblemente unidos á la asquerosa y hedionda lepra de la esclavitud! Sin que yo te lo narre, figúratelo tú, amor mio; tú que eres toda sensibilidad y cariño; tú que tiemblas á la sola idea de que un sér se encuentra bajo la presion del sufrimiento, siquiera sea merecido.

D. Ramon no queria á su espósa, entre otras cosas porque no le habia dado ningun hijo, y además porque su carácter piadoso y humilde no podia avenirse con el de aquél, altivo y duro. Empero, cuando Angela se sintió acometida de los primeros síntomas de la tisis, que la condujo al sepulcro, D. Ramon temió la muerte de su esposa; porque con ella podia perder la mitad de su fortuna que formaba el dote de su mujer, y procurando prevenir éste para el lamentabilísimo caso, tratábala desde entónces con apariencias de solicitud y cariño, por cuyo medio pretendía hacer que testase á su favor.

Dorotea era la esclava favorita de Angela, y nunca se apartaba del aposento de ésta, á no ser que una ocupacion muy apremiante la llamase fuera. Una noche despertóse Angela sobresaltada, y le pareció oir en la direccion de los

piés de su cama, gemidos y sollozos como de una persona. Llamó á Dorotea, levantóse ésta del colchon en que dormía, acudió al llamamiento de su ama; pero, á la luz de la lámparilla que sobre una mesa ardía, Angela observó que la mulata continuaba perfectamente dormida, por más de que en un todo la obedeciese.

—¿Qué tienes Dorotea? le preguntó.

La infeliz esclava no dió más contestacion que un triste suspiro, arrancado de las entrañas del alma.

—¿Qué te pasa, mujer? Por qué estas ahí como una estátua? volvió á preguntar Ángela; mas reparando que en vano esperaba contestacion, con dulzura siempre; pero ya con voluntad más firmemente acentuada, le dijo:

—Vamos, Dorotea, déjate de terquedades conmigo que tanto te quiero; dime por qué suspiras. ¿Qué sientes?

—Sufro mucho, niña, contestó la mulata con voz muy débil.

—Fues mira, replicó Ángela, vuélvete á la cama y procura dormirte. El sueño alivia los pesares de la vigilia. Pero oye: tráeme ántes un vaso de agua.

—La niña la quiere fria, y yo sé que vá á hacerle mucho daño.

En contra de las prescripciones facultativas, Angela deseaba, en efecto, que se le llevara agua fria, de modo, que no pudo ménos de sorprenderse grandemente, al ver que Dorotea habia, por decirlo así, leído su pensamiento no expresado, y acaso con segundas miras encubierto.

—¿Y quién te ha dicho que no la quiero tibia?

—Es que Dorotea vé más dormida que despierta.

—Explicate.

—Yo no sé explicarme. Son cosas que pasan por mí, y no entiendo. ¡En el mundo suceden tantas cosas que no entendemos!

—Pues bien; si sabes más dormida que despierta ¿qué ves dentro de mí?

—Una máquina que se gasta, y que acabará por no funcionar.

—¿Y qué más?

—Despues, la libertad.

—¿Qué entiendes por libertad?

—La vida.

—¿Y qué es la vida?

—Esta es un sueño; aquélla el despertar del sueño.

—No te entiendo; explícate más.

—La niña no entiende, y yo no puedo explicarme más claro. ¡Hay tantas nubes sobre la cabeza de un esclavo! Los amos son malos vientos para despejar los nublados de la inteligencia de sus sirvientes. ¡Ah, si todos fuesen como la niña!....

De súbito la mulata se frotó fuertemente los ojos; abriólos con cierta particular violencia, y fijándolos en su ama, le preguntó:

—¿Para qué me ha llamado la niña?

—Dáme agua, y luego vuélvete á la cama.

—¿Fria ó tibia?

—Como tú quieras.

—Pues tómela tibia la niña; que así lo manda el médico.

III.

Pasaron algunos dias, y Angela observó que Dorotea continuaba triste, y que apenas hablaba con nadie, y hasta en más de una ocasion llegó á sorprender lágrimas en sus ojos. Cuando se resolvió á llamarla á solas, para interrogarla acerca de sus ocultos sufrimientos, la mulata resistióse á dar las explicaciones anheladas; pero sí le manifestó el firme propósito de mudar de amos. Esta acaso es la única libertad del esclavo, amor mio. Puede venderse á

otro, cuando su dueño no es de su agrado, y la ley en este punto está de parte del infeliz esclavo. No es muy realzadora del hombre la libertad de venderse; pero, al fin y al cabo, libertad es.

Angela no podía esperar aquella extravagante ocurrencia de Dorotea, y se disponía á manifestarle su sorpresa, su disgusto acaso, y hubiéralo así hecho, deseosa de disuadirla de su propósito, si de repente no hubiese entrado en la habitación el Sr. de Valdepeñas. Sin poderlo evitar, la mulata exhaló un grito de espanto y de mal comprimido terror.

—¿Qué sucede? preguntó D. Ramon.

—¡Niña, piedad! exclamó la infeliz mulata, arrojándose á los piés de Angela, que no entendia nada de lo que pasaba á su vista.

—¿Pero qué tienes? ¿De qué te aterrorizas?

—Ya sé yo lo que tiene esa perra mulata, y voy enseguida á explicártelo. Sal de aquí, y déjame á solas con tu ama, repuso Valdepeñas, dirigiéndose colérico á la esclava, que sin replicar, ni siquiera levantar los ojos, para expresar en una mirada la ira de su pudor ofendido, salió de la habitación. ¡Qué suerte tan triste la suerte de un infeliz esclavo!

—¿Qué te ha contado esa atrevida? preguntó D. Ramon á Angela, así que estuvieron á solas.

—Nada absolutamente. Sólo me ha manifestado deseos de cambiar de amo.

D. Ramon, persuadido de que, en efecto, su mujer lo ignoraba todo, serenó algun tanto el semblante, y prosiguió con voz ménos áspera que de costumbre:

—Angela, debo decirte que Dorotea anda, hace ya tiempo, en ocultos amoríos con un mulato que no pertenece á nuestro *ingenio*. Por dos veces he encontrado á ese miserable rondando la verja que corresponde al jardinillo de estas habitaciones, y temo, no sin motivos, que bajo esos amores se oculte el proyecto de un robo.

—¡Jesús me valga! exclamó Angela. ¿Y tú crees á Dorotea capaz de semejante vileza?

—Un negro es capaz de todo lo malo, repuso Valdepeñas. La gente de este país dice, y por algo lo dirá, que «negro, sólo el manto de la Virgen es bueno.» Los dichos del pueblo son grandes verdades.

—O grandes mentiras, hijas de la más estúpida ignorancia.

—Como quiera que ello sea, voy á tomar mis precauciones, y una de ellas es privar de la libertad de acción á Dorotea. Quiero encerrarla en el calabozo, para evitar que ese infame, que se titula su amante, pueda continuar haciéndola servir de instrumento de sus planes.

—Pero ¿en qué te fundas para tomar semejantes rigurosas determinaciones?

—Tengo razones poderosas, te repito; y yo, como sabes, no desisto fácilmente de mis propósitos. No intercedas, por consiguiente, en favor de la mulata; porque, sobre ser en vano, me harías pasar por el dolor de contrariarte. Con el tiempo te convencerás de lo acertado de estas precauciones. Por otra parte ¿qué ha de padecer la esclava con estar encerrada? Antes gana; pues así se pasará el día mano sobre mano, sin que ninguna ocupación la moleste.

Angela comprendió que sus ruegos hubieran sido del todo inútiles y desistió de expresarlos.

—¡Pobre Dorotea! se dijo; pero, continuó hablando consigo misma, todo tiene su causa, todo puede ser origen de un bien. Esperemos; si ella es inocente, como yo firmemente creo, acabará por triunfar.

IV.

Por fin, despues de algunos dias de encierro, durante los cuales sufrió Dorotea horribles padecimientos de espíritu, salió de aquella sepultura en que, enterrada viva aún, estaba como en las suyas los cadáveres. ¿Qué habia acontecido en aquel espacio de tiempo? Nadie lo sabia; porque la mulata, como obediente á una consigna que hubiese recibido, callaba tenazmente sobre el particular. Nadie lograba arrancarle una sola palabra. La misma Angela rogó en vano; mandó sin fruto alguno y cuando, para alcanzar en calidad de gratitud lo que se le negaba, hacia presentes á la mulata el cariño que siempre le dispensaba, y los favores que le habia prestado, aquella, enjugándose una lágrima ardiente que asomaba á sus ojos, se limitaba á replicar:

—Es un secreto, niña; un secreto que, para bien de su merced, debo guardar eternamente. ¿Qué importa que yo luego sufra, si así le evito un disgusto á la niña?

—Pero explícate, mujer, repetia con insistencia Angela.

—Imposible, niña; imposible, contestaba invariablemente la mulata.

Este diálogo que se repetia con frecuencia, fué el último que sostuvieron Angela y Dorotea, una noche, ántes de que el sueño, domando los padecimientos físicos de la una y los morales de la otra, rindiese á entrambas mujeres. Poco, empero, debía hacer que dormian, cuando la mulata, en voz muy baja, comenzó á decir, dirigiéndose á su ama, que despertó angustiada y sobresaltada:

—Silencio, niña, silencio, el amo me mataria.

—¿Qué dices? qué temes?

—Temo decir la verdad, y soy una infame y una ingrata

engañando á la niña, que tanto bien me hace. ¡Soy una infame!

—¡Qué escucho, cielos! ¿Será cierto que intentaba un crimen esa mulata? pensó casi á su pesar Angela.

—Dorotea no será nunca ladrona, replicó la sirvienta, contestando á las sospechas de su ama. Dorotea no es sinó una infeliz esclava, y por eso hasta los buenos se creen autorizados para pensar mal de ella.

—Explicáte claramente.

—No puedo.

—Yo te lo mando, dijo con inusitada autoridad Angela, incorporándose en el lecho.

Dorotea, como movida por un poderoso resorte, por un agente irresistible, se levantó del colchon en que, á los piés de la cama de Angela, dormía, y poniéndose cerca; muy cerca de ésta, le dijo:

—La llave la puso él en mi cuarto, debajo del cofre donde guardo mi ropa.

—Ah! luego Ramon estaba en lo cierto; Miguel, intentaba.....

—Niña, niña, Miguel es inocente de toda culpa; Miguel, aunque mulato, vale más por su honradez y sus virtudes; que muchos blancos infames, ladrones de honras ajenas, capaces de vender hasta á sus propios hijos, cuando los tienen en sus esclavas. ¡Pobre Miguel! Ignora cuán desgraciada nací, y cuánto más desgraciada soy ahora. Ya no podré ser su esposa; ya no me querrá, por que yo, en vez de engañarlo, he de decírselo todo, y todo se lo diré un día ú otro. Ay! niña, que infamia, que infamia tan grande! Acusar á una esclava inocente, castigarla despues, y luego.....

—Continúa sin vacilacion alguna; continúa, yo te lo mando.

La mulata se estremeció de piés á cabeza, como si por todo su cuerpo hubiese corrido una chispa eléctrica, y sin-

tiéndose galvanizada, á su pesar y contra sus esfuerzos para resistir, prorumpió en abundosas y amargas lágrimas.

—Es triste, muy triste, prosiguió al cabo de un rato, tener que causar daño cuando no se quiere causarlo; pero yo no tengo voluntad, mi voluntad es la de la niña; la niña quiere que hable, y Dorotea habla.

—Sí, lo quiero y lo mando.

—Pues bien; el amo es un vil.

—¡Muchacha!

—Un vil, que acusa y castiga á una inocente, y despues le roba la honra.

—¡Dorotea!

—Si la niña no quiere que hable, dejaré de hablar. Yo ahora no tengo más voluntad que la de su merced.

—Sí, continúa; continúa tus extrañas revelaciones. Debo conocerlas, aunque fuesen bastantes á producirme la muerte.

—Pues bien, continuó: él, el amo, fué quien me encerró como á paloma cogida en un infame lazo; él quien me encarceló en aquella por mil conceptos horrible jaula para cebarse como carnicero milano, en su indefensa presa. El amo me ha seducido; me ha arrancado violentamente lo único hermoso que, en mi calidad de esclava, tenia; la honra, la virtud. ¡Ay pobre de mí! Hoy ya nada hermoso tengo; nada absolutamente. Hay algo más triste que ser esclavo, y es ser esclava deshonrada.

—¿De modo, preguntó con horror Angela, que todo aquello de la tentativa de robo fué una farsa?

—La más baja de las farsas, niña. Miguel y Dorotea son inocentes, tan inocentes como los que nunca han delinquido. Otros pasan por honrados y son delincuentes. ¡Ya se ve; poseen oro, mucho oro, y además son blancos, aunque tengan la conciencia más negra que la piel de los mismos hijos del Africa! El mundo los respeta; los considera; hasta

llega á mimarlos, como si todo se lo mereciesen. Pero ¡ah! ya les tocará su día; el día de las expiaciones, que nunca falta, por más que á veces parezca lo contrario. Entónces, muchos esclavos serán amos y muchos amos esclavos; entónces será el llorar, el gemir y el rechinar de dientes. Esto no lo dice Dorotea, que es una mulata ignorante, como todas las de su condicion; lo dice la voz que me manda hablar, que me obliga á decir estas cosas, que ni yo misma comprendo.

—Basta, basta, exclamó Angela, extendiendo la mano yerta y crispada hácia la mulata, que despertó súbitamente al contacto de aquélla.

—¿Qué tiene la niña? ¿Qué le sucede? apresuróse á preguntar á su ama, viéndola cadavérica y bañada en un copiosísimo y helado sudor.

—Que me muero, Dorotea; que me mata la pesadumbre más que la enfermedad que paulatinamente concluye con mi existencia. Pero no llares á nadie; me basta tu compañía, Además, aún creo que me resta vida hasta mañana. Oyeme: no cuentes á nadie más lo que te ha sucedido; sufre y calla. Hay males necesarios, y el tuyo es uno.

—Pero, niña.....

—Lo sé todo; porque tú misma, presa de la más extraña de las pesadillas, me lo has referido. Tú sueñas, y sueñas en voz alta.

—¡Ah! Dios mio, lo mismo que muchas veces me ha dicho Quico, el abuelo. ¡Cuántas veces, segun me ha asegurado, le he descubierto grandes secretos en semejante estado! ¡Qué sueño tan malo es ese!

—O tan bueno quizá, Dorotea. Todo es bueno, cuando se dirige á buenos fines; todo, ménos lo que en sí mismo es malo.

V.

Al otro día, despues de practicadas las solemnidades de la religion católica, entregó Angela su alma al Criador, no sin haber ántes otorgado testamento á presencia de un notario público. A los esclavos de su propiedad los declaraba libres, y los rendimientos de las tierras que formaban una parte de su dote eran destinados al alivio y sostenimiento de aquéllos, por espacio de seis años, trascurridos los cuales, volverian á ser percibidos por su esposo D. Ramon de Valdepeñas; porque queria demostrarle «que nunca habia dejado de quererle como ha de quererse al compañero de toda la vida.»

Dorotea fué encomendada á los cuidados y vigilancia del P. Herrera, venerable sacerdote que recogió las últimas palabras de Angela. En cumplimiento de las órdenes de ésta, el P. Herrera se llevó consigo á la mulata, y fiel á su promesa era para con ella un modelo de cariño y de consideracion. Bien es verdad que aquel admirable ministro de la religion de Cristo, era vivo reflejo de éste; pues su caridad y su abnegacion nunca tuvieron más límite que la carencia de recursos y la falta de fuerzas, para proseguir el sacrificio en favor de todos sus semejantes.

Nueve meses despues de los sucesos que acabamos de exponer rápidamente, Dorotea daba á luz una niña, que ya conocemos, Rosalinda, y entre el P. Herrera y D. Ramon tenia lugar un animado y acaloradísimo diálogo:

—P. Herrera, decia el último al primero, V. me ofende con semejantes atrevidas suposiciones. Ya sabe V. que soy uno de los mejores fieles de su parroquia, y que.....

—Tiene V. razon, interrumpióle Herrera; es V. uno de los que más conforman su vida á las prácticas externas de

la religion, y yo he repetido mucho, y no me cansaré nunca de repetir, que ellas no constituyen la esencia del Cristianismo; que son únicamente un auxiliar poderoso para ciertos espíritus, que aún no saben elevarse en virtud del propio esfuerzo de la conciencia. V. observa mucho la religion; la practica muy poco.

—P. Herrera, V. me ofende.

—Yo no ofendo á nadie; porque á nadie quiero ofender; pero digo siempre la verdad; porque esta, y no otra, es la obligacion, que desde la cruz, chorreando sangre inicuamente vertida, me dicta el *Maestro* de todos los hombres. Y la verdad es, señor de Valdepeñas, que hija de V. es esa inocente criatura. Lo sé todo.

—¿Cómo y por quién? exclamó D. Ramon, haciéndose traicion á sí mismo. ¿Por Dorotea?

—No, señor; no ha sido ella quien me ha comunicado semejante secreto, y ya sabe V. que nunca miento, por cuyo motivo supongo que me creará.

—¿Pero quién entónces?....

—No se moleste V.; porque es en vano. No puedo revelar lo que V. desea, y no lo revelaré.

Valdepeñas conocia harto bien al P. Herrera para dudar de su veracidad y de su inquebrantable firmeza en los propósitos, que creía justos. Así, pues, no insistió más; pero despidiéndose bruscamente, le dijo:

—Muy bien está; dentro de cuarenta y ocho horas, yo sabré el conducto por donde ha llegado á V. esa noticia.

—Imposible.

—Para mí hay pocos imposibles en el mundo.

—La niña será registrada con el apellido de Valdepeñas.

—Imposible.

—Ahora soy yo quien digo, que ese no es imposible para mí.

Dos horas despues de terminado este diálogo, llegaba á su *ingenio* D. Ramon de Valdepeñas, y apenas habia echa-

do el pié á tierra, hizo llamar á Quico. Encerróse á solas con él en un aposento, y mirándole ántes fijamente y con aspecto amenazador:

—Vamos á ver, negro brujo, le dijo, yo quiero saber una cosa, y tú has de decírmela. Dicen que eres adivino; pruébame.

—Al amo le han engañado, contestó Quico; yo no soy adivino; yo.....

—Déjate de rodeos, y vamos al caso. Tu nieta Dorotea poseía un secreto mio; ese secreto ha sido revelado á una persona, que me asegura no haberlo sabido por aquélla, y yo no puedo dudar de su veracidad, jamás desmentida. Conque tú, que eres adivino, has de decirme, dentro de veinticuatro horas lo más tarde, la persona que ha vendido mi secreto.

—El amo es dueño de mi cuerpo; puede hacer de mí lo que mejor le parezca, pero me es imposible decir lo que ignoro.

—Basta, perro; dentro de veinticuatro horas, volveré á hablarte. Tu vida, ó el nombre de esta persona; no hay más camino.

Y D. Ramon salió del aposento, dando dos vueltas á la llave de la puerta. No puedo detenerme, amor mio, á referirte lo que pasaria por el espíritu del pobre negro, durante aquellas mortales veinticuatro horas. Un reo en capilla no debe sufrir más que sufrió el infeliz Quico.

Su amo cumplió exactamente lo prometido. A las veinticuatro horas, la puerta giró sobre sus goznes, y en su umbral apareció D. Ramon. Sus primeras palabras fueron éstas:

—El nombre.

—No lo sé, mi amo.

—No has querido saberlo, perro; mas ya te lo arrancaré yo por la fuerza.

Ea! gritó con voz de trueno; que le den inmediatamente

te cincuenta azotes. Así te enseñaré yo á que no te rebeles contra mi voluntad.

El castigo fué superior á la escasa vida que le restaba al anciano, y á consecuencia de él expiró no sin jurar ántes á D. Ramon que, aún desde más allá de la tumba, habia de perseguirle y llamarle asesino. Valdepeñas, que colocaba entre las humanas ilusiones la inmortalidad del alma, se rió de la amenaza, cuando se la comunicaron.

—Si esa es su venganza, el perro negro no se dará gusto conmigo, exclamó con cínico indiferentismo.

¡Cuántos Valdepeñas andan por esos mundos de Dios, amor mio! Si las *Historias de ultra-tumba* consiguiesen disminuir el número de ellos; cuán feliz se consideraría el que las escribe!

VI.

Ya habia vendido D. Ramon, y á muy buen precio, sus esclavos y su *ingenio*, y ya habia dejado de existir Dorotea, aquella mulata que era una continúa amenaza para la tranquilidad de Valdepeñas. El P. Herrera, decrépito ya, habia desistido de sus planes de legitimacion en favor de Rosalinda, y ésta, muy niña aún y completamente ignorante acerca de su verdadero origen, de todo podia acordarse ménos de averiguar quién era su padre. Las circunstancias, pues, se combinaban para que D. Ramon fuese perfectamente feliz, y D. Ramon no lo era sin embargo. Apesar suyo, siempre estaba triste; por nada se sobresaltaba, y como si constantemente llevase encima un sér empenado en abrumarle, se iba doblgando ménos al peso de los años, que al de aquella constante é inexplicable pesadumbre. ¿Qué le pasaba? ¿Qué ocurría en el interior de su alma? Nadie podia saberlo; porque de tales cosas con nadie se

franqueaba. Ello es lo cierto sin embargo, que todos sus conocidos leían en la fisonomía de Valdepeñas un profundo disgusto, una enervadora melancolía.

Una noche en que todos estaban ya recogidos y en que todo era silencio en la quinta, D. Ramon hacia esfuerzos sobrehumanos para conciliar el sueño. Aquel sér, que, como hemos dicho, parecia empeñado en abrumarle bajo su peso, se agitaba sobre él con más fuerza é insistencia que nunca. D. Ramon temblaba, como un azogado, de piés á cabeza; castañeteábanle precipitadamente los dientes; se le crispaban los dedos, y la respiracion se le volvía por instantes más dificultosa. Temía y sin embargo, no atrevíase á llamar, para que no se le creyera cobarde, ó para no revelar, ni á sus esclavos tan sólo, el origen de sus pesadumbres. En esta situacion de ánimo, una voz hueca y profunda, como la de la conciencia hondamente ofendida, le dirigió estas palabras:

—¿Temes, Valdepeñas?

—Nó, repuso D. Ramon; yo no temo á nadie.

—Y sin embargo, tiembas. ¿Por qué tiembas? Porque tienes intranquila la conciencia; porque sabes que muchas veces has obrado mal; porque sabes que en éste y en ese mundo hay séres que por tí sufren y sufrieron; porque, para decirlo de una vez, te reconoces criminal ante tí mismo.

—¿Quién eres tú, replicó Valdepeñas, que así lees los más ocultos secretos de mi alma?

—Quien puede ver, cuando Dios se lo permite, á través de la carne; quien descubre hasta los últimos pliegues del espíritu humano; porque en su calidad de Espíritu libre, vé con los ojos del alma para los cuales no existen más obstáculos que los creados por el vicio, durante la existencia corporal. Soy Quico el abuelo, el perro negro adivino, que no pudo decirte lo que tú deseabas, y á quien ocasionaste bárbaramente la muerte.

—Y bien, ¿qué deseas de mí? ¿Vengarte?

—¡Ah! nó, ya no hablo de venganzas. Entónces te odiaba; porque no habia aprendido lo que ahora sé; entónces imaginaba que al mal con el mal debe responderse. Ahora me han enseñado, que debo vengarme de tí, haciéndote todo el bien que me sea posible. Vuelve en tí, Valdepeñas; arrepíentete de tus culpas y rehabilitate de ellas; áun estás á tiempo. ¡Dichoso tú que puedes hacerlo, y que tienes quien te indique el camino!

—Indícamelo tú, si puedes; habla sin demora, que estoy dispuesto á seguir tus consejos, si son sensatos.

—Sensatos..... ¿qué entiendes tú por sensatos?

—Que no repugnen á los hábitos sociales.

—Los hábitos sociales..... hé ahí el tirano de la conciencia en muchas ocasiones. Los hábitos sociales son una pantalla, que hay que derribar, siempre que lo exija el bien; siempre que lo mande el cumplimiento del deber. Vécete á tí mismo, despreciando esas repugnancias que sientes. Prohija á Rosalinda, declarala tu hija y sucesora, y tendrás abierto el camino de la rehabilitacion.

—Imposible, imposible, exclamó D. Ramon. Eso seria, además de un motivo de befa para ante la sociedad, una legítima causa de disgusto para la que fué mi esposa, para Angela. Nunca me lo perdonaria.

—Te engañas, Ramon, contestó una voz dulce y suave, que no era ciertamente la de Quico; te engañas. No sólo te lo perdonaria, sino que yo tambien te ruego que cumplas los deberes impuestos por la paternidad.

—¿Pero tú?....

—No te guardo rencor alguno; tus faltas respecto de mí están ya perdonadas. Tú faltabas por ignorancia; porque no sabias que la falta envuelve lógicas consecuencias que no se evitan fácilmente, y yo he intercedido para que, tomada en cuenta tu ignorancia, seas perdonado. Pero el perdón no basta: no basta la voluntad de no incurrir en nuevos yerros; es preciso siempre, infaliblemente siempre, re-

dimir los ya cometidos. Por eso la vida del espíritu es eterna y eterna la creacion. Sigue, pues, nuestros consejos; no dudes más.

—¡Ah! repuso Valdepeñas, si me fuese posible oír otra voz; otra voz que tiene derecho á quejarse de mí más que vosotros aún.

Nadie contestó á esta insinuacion de Valdepeñas, y todo permaneció en quietud y silencio.

VII.

Al día siguiente muy de mañana, D. Ramon echaba pié á tierra en los umbrales de la casita del P. Herrera. Este que ya se habia levantado, pues gustaba de unir su voz á la de toda la naturaleza en el coro con que saluda al Increado, se sorprendió de aquella inesperada visita.

—Padre, le dijo D. Ramon, llevándolo aparte; necesito hablar con V.; necesito descargar mi conciencia del peso que, hace ya tiempo, la abruma.

—Bien está, hable V. cuando guste.

—Vengo á llevarme á Rosalinda, á arrancarla de su razon de V. en el cual ha echado profundas raíces; pero yo la necesito, la necesito para mi salvacion.

—Hable V. más claramente, que no acierto á comprenderle.

—Que la prohiyo, padre, que venciéndome á mí mismo, que he sido hasta el presente un infame, y despreciando los miramientos sociales, que son á menudo un obstáculo á la práctica de la virtud, declaro que es mi hija, y como tal la recibo en mi hogar, Quiero que viva constantemente á mi lado; quiero gozar de los indecibles placeres de la paternidad, rehabilitando á esa infeliz criatura y rehabilitándome á mí mismo.

—Es tarde, repuso el P. Herrera. Esa niña; esa jóven,

que V. ha abandonado durante tanto tiempo, no pertenece ya ni á V. ni á mí, ni siquiera se pertenece á sí misma.

—¡Qué dice V. padre!

—Que esa jóven tiene un amante, del cual no querrá seguramente apartarse para vivir con V.

—¡Ah! sería horrible. Pero llámela V.; quiero hablarle; declararle su origen.

—Está muy bien. Si ella desiste de su empeño, de usted será la victoria, aunque en verdad, no la merece.

Pocos instantes despues, entraban Rosalinda y el P. Herrera en la habitacion donde se encontraba el Sr. Valdepeñas. Este, inundado los ojos en lágrimas, se echó al cuello de la jóven, y cubriéndola de amorosos besos, le dijo con voz entrecortada:

—Rosalinda, es preciso que ya lo sepas todo. Tú eres mi hija, la única persona que en este mundo puede hacerme feliz, devolviéndome la tranquilidad y endulzando mi existencia con el cariño. Vengo á buscarte, á suplicarte que me sigas, á rogarte que quieras ser mi hija.

La jóven, atónita, volvió los ojos al P. Herrera, quien con voz reposada y tranquila, le dijo:

—Todo lo que acabas de oír es cierto. Ahora, dueña eres de tu voluntad. Entre Cristo, á quien querias tomar por esposo, haciéndote monja, y tu padre, elige. A mí me cumple decirte que no ofendes á Dios, siguiendo á tu padre; que tu resolucion no tendrá nada de censurable, en el supuesto de que á tu padre te inclines. A tí te corresponde determinar.

—Hija, hija de mi alma, no me abandones, exclamó Valdepeñas.

—Padre, repuso Rosalinda, arrojándose en los brazos de aquél.

—Al fin triunfó la justicia, murmuró el P. Herrera, levantando los ojos y fijándolos en el cielo, como para darle gracias de aquel venturoso suceso.

VIII.

Aquí termina, amor mio, la *historia* de *La resurreccion de un vivo*. Pero ¿por qué la has titulado así? me preguntas. ¿Dónde está la resurreccion? ¿Acaso no estaba vivo, y muy vivo, D. Ramon de Valdepeñas? Para la vida del cuerpo, sí, amor mio; pero para la vida del alma, difunto, y muy difunto estaba ese buen señor. Los muertos le resucitaron; los muertos de quienes cree la inmensa mayoría que ni siquiera se acuerdan de nosotros, despues que abandonan este mundo. ¡Error lamentable! Los muertos viven, y nos oyen, y nos hablan, y nos auxilian con sus consejos, y hasta nos ayudan en nuestras tareas. Nosotros somos los que en muchas ocasiones nos negamos á escucharles, y por eso más de una vez erramos. Si oyésemos la voz de nuestra conciencia, eco de otra voz más lejana, acaso no sufriríamos tanto como sufrimos y acertaríamos más que no acertamos. Pero dejemos estas filosofías, y concluyamos el cuento diciendo, que D. Ramon de Valdepeñas ha escuchado ya aquella voz que deseaba escuchar, la de Dorotea, quien se ha limitado á decirle: —

—¡Bienaventurados los que sufren y perdonan! Yo sufrí y perdoné; si tú sufres algun día, como es muy probable, sufre y perdona, que así serás bienaventurado.

Rosalinda ha contraído ya matrimonio; pues apesar de ser hija de mulata, su corazón bondadoso logró cautivar un alma, bastante magnánima para despreciar las preocupaciones sociales. D. Ramon, resucitado á la vida moral, vive haciendo todo el bien que puede y sufriendo con resignacion los percances de esta vida de prueba y expiacion. Algunos recuerdan sus perversidades; pero otros añaden que con su caridad las redime actualmente. ¿Será cierto? me preguntas. Sí, amor mio; nunca es tarde para el bien, y la conciencia humana es eternamente redimible.

MUERTE DEL ALMA Y VIDA DEL CUERPO.

I.

¡Cómo! ¿El alma muerta y el cuerpo vivo? Eso implica una heregía, porque, como tú sabes y me has dicho en algunos de tus anteriores cuentos, el alma es inmortal. Así te oigo exclamar al leer el título de esta *historia*; y yo te contesto, luz de mis ojos, que, en efecto, el alma es imperecedera, y que el cuerpo, propiamente hablando, no vive, ya que reflejo de la del espíritu es su existencia. Líbreme Dios de creer ni de asegurar lo contrario; pero ¿sabes tú acaso si la Divina Providencia puede, en castigo de ciertos pecados, sujetar el alma á una muerte aparente, haciendo al mismo tiempo que viva como por sí el cuerpo? Yo así lo sospecho, y fúndome para ello en la observacion de la naturaleza. ¿No has visto nunca las flores que llamamos dalias? Una y mil veces, me contestas. Pues bien: esas preciosas flores carecen de alma, no tienen perfume. Viven corporalmente tan solo, faltas del espíritu que es el olor en las flores. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con la naturaleza racional animada? Pero, vamos al cuento, y te convencerás de que nada herético contiene.

Elisa era una pobre muchacha condenada—si condenacion puede llamarse al trabajo—á ganarse el pan con el

sudor de su rostro; una de esas muchas modistillas que pululan por Madrid. Su madre la quería entrañablemente, y no cesaba nunca de darle excelentes consejos, de los cuales, forzoso es decirlo, no hacia mucho caso Elisa.

—La hopradez es el más precioso blason de las mujeres. La que sin temor puede presentarse en todas partes, alta la frente, es la más noble para Dios y para los hombres sensatos. No lo olvides, nunca, Elisa; sobre todo y ántes que todo, es la honradez; es decir, el aprecio de sí misma, apreciando de tal manera á Dios, nuestro supremo Criador, que, al hacernos á imagen y semejanza suya, quiso que respetándonos á nosotros mismos, lo respetásemos á él.

Elisa oía el sermoncito sin decir palabra, y, al salir á la calle, lo olvidaba y no se hacia de mármol á los requiebros de los transeuntes.

—Dios te bendiga, morena, le dijo un elegante cierto día. Vales más tú que toda la Córte de España.

Elisa no contestó palabra; pero se sonrió y el jóven la fué siguiendo, y ella no dejó de volver de vez en cuando la cabeza para mirarlo.

Así pasaron algunos días; despues Emilio y Elisa iban juntos por la calle, y, á lo último, sucedió lo que no podia ménos de suceder, dadas las intenciones del elegante y el carácter de la modista.

La madre de Elisa murió de sentimiento y ella, madre de una niña, y sin recursos para mantenerse, colocóla en la casa á este objeto destinada; y, viéndose abandonada del seductor, siguió el empezado camino; hizo de su cuerpo una mercancía y de su alma un inmundo lodazal.

¡Qué vida, Dios eterno, la de semejantes mujeres! Y sin embargo, dicen que viven alegres y festivas, que todo llegan á olvidarlo, hasta el amor de sus padres y el hogar doméstico. ¡Apiádate de ellas, Señor, ilumínalas; si así conviene! La pobre Elisa se confundió en aquel torbellino de infamias y desventuras; pero como no era mala en el

fondo, sino lo que suele llamarse casquivana, cuando hubo reconocido todo el peso de su falta, no pudo resistirlo. Todo el día lo pasaba llorando, y llorando enfermó, y llorando entregó su alma al Todopoderoso.

—Mujer, no seas tonta, le decía una de sus compañeras. A lo hecho pecho, y ya verás como irás acostumbrándote á esta vida, que tiene, como todas, sus delicias y pesadumbres.

Elisa no respondia palabra y no cesaba de verter lágrimas.

—Pues, chica, con tu pan te lo comas. Ya me contarás algun día lo que has sacado de llorar.

—Mucho sacaré acaso, repuso Elisa, casi sin poder hablar.

—Mejor para tí.

—Y si saco algo y te lo puedo decir, ¿me imitarás, Herminia?

—Segun y conforme.

—¿Es decir que persistirás en esta vida?

—Tal vez sí, y quizá no. Como en ella me vaya.

—Con tu pan te lo comas, digo yo ahora. Ya me contarás algun día lo que has sacado de semejante vida.

—Pues, mira, algun día, si por esos mundos nos encontramos, te lo diré.

—Convenido.

—Convenido.

A1 día siguiente salieron de aquella casa, Elisa para consagrarse nuevamente á su profesion de modista y Herminia para Valencia, donde prosiguió en su detestable modo de vivir.

II.

Elisa, á fuerza de trabajar, consiguió reunir medios suficientes á mantenerse ella y su hija, que retiró de la inclusa. Herminia ¿quién sabe lo que es de esa infeliz criatura? Andando los tiempos, murió Elisa, á consecuencia de lo mucho que trabajaba, dejando á su hija algunos ahorros con que hoy pasa la vida modesta, pero desahogadamente.

—De modo, dirás tu, amor mio, ¿qué se acabó el cuento?

—En la tierra, sí; pero, si tienes valor, vámonos al otro mundo, y allá lo seguiremos. No es tan malo el camino, ni nos faltarán amigos. Conque á viajar ¿eh?

—Pues viajemos, ya que lo quieres.

—Viajemos.

.

.

—¿No te parece que debemos estar muy lejos del mundo terrestre?

—Así lo parece; pero mira, mira ¿no distingues algo?

—Sí, veo como una mujer que busca alguna cosa.

—¿Quién será?

—Preguntémoslo.

—Y ¿cómo haremos, para que nos entienda?

—¡Toma! hablando. Ya verás. ¿Quién eres y qué buscas?

—Soy Herminia; busco mi alma.

—¡Calla! nuestra conocida del cuento. Sigamos preguntándole ¿cómo puedes buscar tu alma, si tú eres un alma?

—Nó, yo soy un cuerpo que vive sin alma.

—Imposible.

—Pero ¿no me ves, hombre? ¿No ves que soy un cuerpo?

—Pues, señor, serás lo que quieras. A mí me pareces un alma en forma de mujer.

—¿Qué sabes tú?

—Pues, explícate y sabré lo que ahora ignoro.

—¡Ay! gracias á Dios que encuentro quien me escuche.

—Si eso ha de aliviarte, habla.

—Oye y ruega por mí. Hace algunos años que desempeño la misma ocupacion en que hoy me ves atareada. No sé de qué manera perdí el alma que, afanosa y sin darme punto de reposo, busco. Sólo recuerdo que viví mucho tiempo con el cuerpo, que él era lo único que me llamaba la atención, y lo que únicamente ofrecia en espectáculo á los mortales. Léjos de mí la idea de Dios, léjos las creencias, léjos la oracion y léjos las buenas obras y los pensamientos puros, sólo la carne era mi cuidado y mi tarea de cada dia y cada momento. No desconocia al Eterno Padre; pero tampoco lo acataba; por eso he dicho que su idea estaba léjos de mí. Ni siquiera una lágrima de arrepentimiento brotó nunca de mis ojos; que ese rocío del corazon es vergonzoso en los círculos donde con alma me agitaba, hace tiempo, donde hoy sin ella me agito.

Mis compañeras de infortunio no me ven, aunque entre ellas vivo; no me oyen, aunque las llamo. Ni una plegaria oigo nunca, ni un recuerdo me dedica nadie. Mis padres, de quienes huí, há muchos años, no se acuerdan de mí y si por acaso lo hacen, es para avergonzarse de haberme puesto en el mundo. ¿Queréis más triste vida que la mia? ¿Podéis imaginarla peor? ¡Vivir sin alma! ¡Ah! ¡esto es horrible! lo más horrible que darse puede! Y sin embargo, no soy yo la única que así vivo. Mirad, mirad, ¡cuántas y cuántas mujeres viven sin alma! De todas las partes del mundo acuden á estos lugares y en todas partes se adopta el modo de vivir que á estos lugares conduce. ¡Huid, huid de estos sitios! ¿No sentís la pestilente atmósfera que me rodea? ¿No percibís esas espesas y pestíferas nubes? Son mis pecados, mis innumerables y gravísimas culpas; son mi alma que se ha convertido en humo espeso y pestilen-

cial; son mi vida espiritual que de ese modo se ha disipado para no volver más nunca! ¡Oh, terrible, pero merecido castigo! Dejadme, dejadme proseguir en mi tarea de buscar un alma, que quiera encargarse de la direccion de este cuerpo. Dejadme, os lo suplico por lo que más ameís, por.....

—¡Por Dios que es lo que más debe amarse!

—¡Qué nombre tan grato! Repetidlo y enseñadme á pronunciarlo. Creo que si mis labios articulasen esa palabra, seria más llevadera mi actual existencia, borrándose en parte la ya transcurrida.

—Pues ¿quién te impide hacerlo?

—Este cuerpo, este cuerpo que fué mi mayor enemigo y que hoy quiere dominarme á su antojo, como ántes.

—Ten fé en tu propia voluntad y acaso consigas lo que desees.

—Y ¿qué es la fé?

—La creencia decidida é inquebrantable; la voluntad de ajustarnos á lo que como buenos nos dicta la conciencia.

—Pero no te entiendo ¿qué es la conciencia? Son palabras que nunca he oído.

—La conciencia es la voz de Dios que retumba en el interior del alma.

—¡El alma! ¡el alma! eso es lo que yo nunca he tenido, lo que busco incesantemente. Dadme una y seré feliz.

—Dártela nosotros no es posible; pero te ayudaremos á salir de la situacion en que te hallas.

—Y ¿de qué modo?

—Orando por tí.

—¡Ah! ¡qué buenos sois! Si quereis, oremos juntos. Decid algo y yo probaré repetirlo; quizá logre así mi objeto.

—Sí, oremos juntos. ¡Dios eterno, fuente de suma benevolencia, origen de todo bien, ten compasion, Señor, del alma de Herminia! ¡Ella se arrepiente de sus pecados, y te pide fervorosamente que le perdones sus culpas!

—¡Ah! ¡qué dicha inmensa! ¡qué fortuna la mía en estos instantes! Siento algo dentro de mi cuerpo, algo que me guía, algo que de estos sitios me aleja. Es mi alma, el alma que tanto buscaba y que, gracias á Dios y á vosotros, he encontrado finalmente. ¡Adios! ¡adios! huyo de estos lugares. Otros más hermosos concibe mi mente, y á ellos quiero volar. ¡Adios! ¡y no me olvideis, que yo nunca me olvidaré de vosotros!

III.

—¿Qué te parece, amor mio, de esa terrible historia?

—Que debiera bastar por sí sola á alejar de los pecados que á este lugar conducen.

—Y ¿no quieres continuar nuestro viaje?

—Continuemos.

—Y observemos. Mira qué diferente aspecto. Este debe ser el paraíso de que en la tierra nos hablan. ¡Qué bello es todo en este sitio! y ¡qué deleitosa corre en él la vida! ¿Quién será ese espíritu que á nosotros se encamina? Preguntémoselo.

¿Quién eres?

—Elisa.

—¿Qué buscas?

—A Herminia, para decirle lo que he sacado de mi llanto. ¿La habeis visto?

—Acaba de dejarnos.

—¿Cual es su suerte?

—Sufria mucho; pero ahora debe encontrarse mejor, porque ha orado con nosotros.

—¡Ah! ¡tambien ha llorado! ¡Dios le dé muchas lágrimas que verter y oraciones que dirigirle. ¡El llanto! ¿Vosotros no sabeis lo que es el llanto? ¿No? pues, oidlo. Su

historia es la mia; porque yo afortunadamente he llorado mucho. El llanto es la lluvia que vivifica el árbol de la existencia; es el sol que vigoriza el alma; es el agua santa que lava los pecados; el bálsamo que cicatriza las heridas de la conciencia. El llanto es un elemento de purificacion, un medio de orar ante Dios, una oracion sin palabras; pero elocuente como hija de las entrañas del alma. El llanto es algo más que todo eso: es la manifestacion visible de la divinidad del humano espíritu. Cuando lloramos, amamos á Dios; porque le tributamos parte de la esencia de nuestro ser. Llorad, llorad y sereis felices. ¡Bien aventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos! Yo he llorado mucho y por eso me encuentro en estos sitios. Si así no hubiese sido, hoy me encontraria probablemente en el lugar donde habeis visto á Herminia; porque yo tambien pequé como ella, y como ella, comercié con mi cuerpo y descuidé en un principio mi alma. Pero una voz secreta me dijo: llora y arrepiéntete. Y me arrepentí y lloré y me rehabilité. Llorad vosotros tambien, cuando os mancheis con la culpa; llorad y lavareis la mancha y sereis felices. ¡Bienaventurados una y mil veces los que lloran.

—Espíritu de Elisa, quiero hacerte una pregunta.

—Habla y serás satisfecho en lo que desees saber.

—¿Podemos pasar más adelante nosotros?

—Nó; porque vuestra envoltura corporal se opone á ello.

—Bajemos, pues, amor mio, y esperemos á que Dios disponga de nuestros cuerpos, llamando ante su tribunal nuestras almas.

—Bajemos, sí, y refrimamos al mundo terrestre lo que hemos visto. Acaso conspiremos de este modo á la salvacion de alguien.

IV.

Aquí terminan, luz de mis ojos, las *Historias de ultratumba*. ¿Qué puedo decirte al terminarlas? Que leas, medites, aprendas y enseñes. Si alguna utilidad sacas de ellas, hazla extensiva á todos los que te rodeen. La caridad así lo manda, y no debemos contrariar esa ley sacrosanta, llamada á regenerar el mundo entero. Caridad, amor mio. Quiero que con estas palabras concluya mi libro: ¡CARIDAD, AMOR MIO!

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
I. Prólogo.—Dedicatoria.	5
II. Historia de un ángel.....	9
III. Historia de un condenado.....	17
IV. Un avaro en el otro mundo.....	37
V. El amor de una madre difunta.....	51
VI. Un padre muerto y un hijo vivo.....	67
VII. La resurreccion de un vivo.....	83
VIII. Muerte del alma y vida del cuerpo.	103

Se vende en las principales librerías á 4
reales en Madrid y 5 en provincias.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

4598986

SEP 16 '74 H

